EL CRISTO POBRE

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANTONIO NAVARRO SANTANA

Y

CARLOS JAQUOTOT

2720

EL CRISTO POBRE

Es propiedad de los autores. Queda hecho el depósito que marca la ley.

Copyright 1921, by A. Navarro Santana-C. Jaquotot.

EL CRISTO POBRE

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANTONIO NAVARRO SANTANA

Y

CARLOS JAQUOTOT

Estrenada en Valladolid el día 14 de junio de 1921 por la compañía de Lara, de Madrid, y en este teatro el día 8 de noviembre de 1921

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20
1921

Obras de Carlos Jaquotot

ADRIÁN.—Juguete cómico en un acto, estrenado en el Salón Nacional, de Madrid (*).

PALOMAS Y GAVILANES.—Zarzuela en un acto, estrenada en el Teatro Martín, de Madrid. Música de los hermanos Gutiérrez Pasqual (*).

EL ROSAL DE LA VERJA.—Boceto de comedia en dos actos, estrenada en el teatro Cervantes, de Madrid (*).

LA CORTIJÁ DE ARENIYA.—Sainete en un acto, estrenado en el teatro de la Princesa, de Madrid (*).

LEÓN, ZAMORA, SALAMANCA.—Farsa-cómico-militar en tres actos y un prólogo, estrenada en el teatro Eslava, de Madrid (**).

DORAIDA.—Cuento lírico en un acto, con música de Fernando Giles, estrenado en el teatro de la Zarzuela, de Madrid (*).

NIK-HOMEDES O EL BOTÍN DE GUERRA.—Cinedrama bufo en tres actos, estrenado en el teatro Príncipe Alfonso, de Madrid (*).

EL PADRE PRIMITIVO.—Juguete cómico en tres actos, estrenado en el teatro Cervantes, de Madrid (**).

EL CRISTO POBRE.—Comedia en tres actos, estrenada en el teatro Lara, de Madrid (**).

Obras de Antonio Navarro

LEÓN, ZAMORA, SALAMANCA.—Farsa-cómico-militar en tres actos y un prólogo.

LA BALA MORA.—Entremés.

DESDE LA BARRERA.—Comedia en un acto.

EL PADRE PRIMITIVO.—Juguete cómico en tres actos.

EL CRISTO POBRE.—Comedia en tres actos.

(*) En colaboración con Francisco Cabrerizo.

(**) Idem íd. con Antonio Navarro.

A CARMEN JIMÉNEZ

La insigne actriz, colaboradora de esta modesta producción, muy agradecidos y con gran afecto,

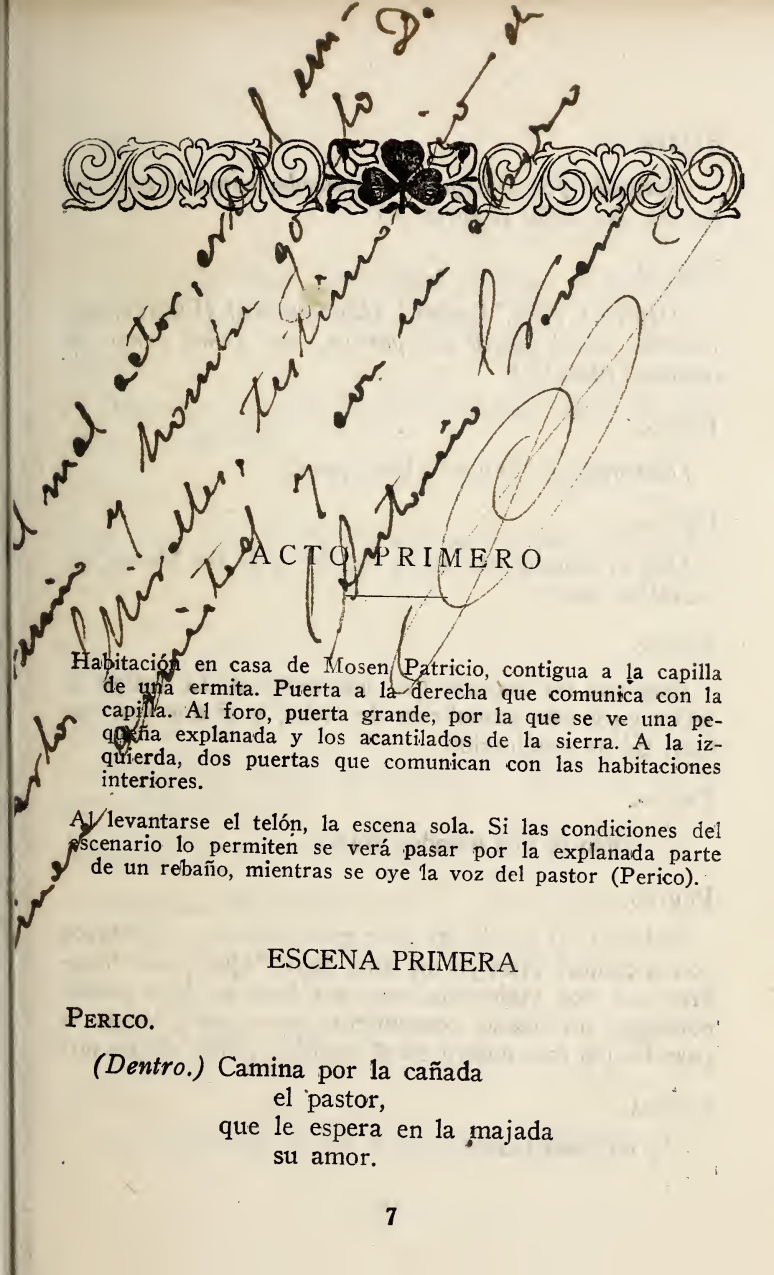
LOS AUTORES

257964

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Elvira.—De veinte a treinta años. Elegante y bien educada.....	**Sra. Jiménez.**
Tía Menos.—(Ramona). Anciana muy simpática y algo gruñona. De buen fondo.....	**Srta. Alba.**
Felipa.—Lugareña guapa y joven...	**Srta. Martínez (R.)**
Josefina.—También joven. Algo descarada en el vestir.....	**Sra. Cuevas.**
Mosén Patricio.—El prototipo del cura ancianito, todo santidad y corazón.....	**Sr. Simó Raso.**
Perico.—Mocetón franco y leal.....	**Sr. Balaguer.**
Enrique.—Muchacho rico y elegante.	**Sr. Peña.**
Simón.—De treinta a cuarenta años. Albañil de pueblo. Un cogorza....	**Sr. Córdova.**
Brocos.—Alcalde de lo más bruto y áspero. Cincuenta años.....	**Sr. Pérez Indarte.**
Gervasio.—Sacristán joven. Hipócrita y redicho.....	**Sr. López Lagar.**

La acción en una sierra cerca de Madrid, lindando con el bajo Aragón. Epoca actual.



ACTO PRIMERO

Habitación en casa de Mosen Patricio, contigua a la capilla de una ermita. Puerta a la derecha que comunica con la capilla. Al foro, puerta grande, por la que se ve una pequeña explanada y los acantilados de la sierra. A la izquierda, dos puertas que comunican con las habitaciones interiores.

Al levantarse el telón, la escena sola. Si las condiciones del escenario lo permiten se verá pasar por la explanada parte de un rebaño, mientras se oye la voz del pastor (Perico).

ESCENA PRIMERA

PERICO.

(Dentro.) Camina por la cañada
el pastor,
que le espera en la majada
su amor.

FELIPA.

(Saliendo por la segunda izquierda, como la que esperaba una señal convenida.)

PERICO.

(Dentro.) ¡Riá, *Lucero! ¡Manguitera!* (FELIPA, *esperando en el quicio del portón, hace señas como de imponer silencio.)*

PERICO.

(Entrando.) ¡Felipa! ¿Qué pasa?

FELIPA.

Que el Mosén está en la capilla, y la tía Menos no ha salido aún.

PERICO.

Esta vez no importa que nos pesquen. Le traigo al señor cura este azumbrico de leche, y si nos ven hablar, tié su explicación.

FELIPA.

¿Y quién te l'ha mandao traer?

PERICO.

Naide. ¿No me dijiste ayer que andabais a puñetazos con la comía? Pues yo me dije, digo: "Que pasen hambre esos dos viejecicos, que tan bien se han portao conmigo, no puedo consentirlo; pero que además la pase lo que más quiero en el mundo..., ¡eso sí que no!

FELIPA.

Yo no paso hambre...

PERICO.

¡Y yo sin poder hacer na!... ¡Sin servir pa na!...

FELIPA.

Ya querrá Dios que vengan tiempos mejores. Ten paciencia.

PERICO.

¡Mejores! ¿Cómo? Yo no podré salir nunca de esto: de ser un pastor.

FELIPA.

¿Y qué importa? Yo te querré siempre, seas lo que seas.

PERICO.

¿De verdad?

FELIPA.

Si eres tan bueno como ahora, ¿a quién voy a querer mejor que a ti?

PERICO.

(Dejando el cantarillo en el suelo.) ¡Que te l'has ganao!

FELIPA.

¿El qué me he ganao?

PERICO.

Un abrazo que te voy a dar hasta estrujarte.

FELIPA.

(Retrocediendo hasta la puerta de la izquierda.) ¡No! ¡Que llamo a la tía Menos!...

PERICO.

(Riéndose.) ¡Si te llegas a dejar!

FELIPA.

Qué más quisieras...

PERICO.

Anda, ven.

FELIPA.

Como no vaya...

PERICO.

Si ya me s'ha pasao... De veras...

FELIPA.

¡Ca!; no voy.

PERICO.

Que no te engaño...; que es pa decirte una cosa... Es que traigo aquí... *(Sacando un bolsillo viejo o un atillo de trapo.)*

FELIPA.

¿Qué es eso?

PERICO.

(Mientras lo desata.) Espera, espera... ¿Eh? ¿Qué te parece?

FELIPA.

¡Dinero!

PERICO.

Y que tó es mío. ¡Catorce pesetas, cuatro perras gordas y un real!

FELIPA.

¿Y cómo tienes tú tanto?

PERICO.

Esto... Esto es lo que yo he ahorrao en to lo que va de año. Pa... pa casame contigo cuando pueda ser... Pero... lo voy a emplear en otra cosa. Toma; se lo das al Mosén. Si se lo doy yo, a lo mejor no lo quiere tomar.

FELIPA.

¿Al señor cura? ¿Pa qué?

PERICO.

¡Ridiez, pa lo que le haga falta!

FELIPA.

No, no, Perico. Este dinero es tuyo... Es pa ti...

PERICO.

¿Pero no estás oyendo que era pa los dos? Pues le damos la metá ca uno, y en paz. ¿O es que no le quieres dar tu parte?

FELIPA.

¡Yo! Si le pudiese dar la vida, entoavía era poco...

PERICO.

Pues dale los cuartos, y guárdame la vía pa mí, que esa sí que no se la doy a nadie. *(Dándole el dinero.)* ¡Hale, hale!

FELIPA.

Gracias, Perico. No t'has enfadao porque no me he dejao abrazar, ¿verdad?

PERICO.

¡Ca, mujer! Lo que tú quieres es que te abrace ahora... Y no será por falta de ganas... Pero ya no pué ser. Tú no entiendes de estas cosas... Anda, guárdate ese dinero.

FELIPA.

Oye. ¿Qué es aquello que viene por allí?

PERICO.

¿Dónde? *(Se vuelve de espalda.)*

FELIPA.

(Dándole un abrazo.) Como que te ibas a ir sin él. *(Huye rápidamente a la puerta de la izquierda.)*

PERICO.

¡Ah, granuja! *(Va hacia ella.)*

FELIPA.

(Riéndose.) ¡Señá Ramona! ¡Señá Ramona!

TÍA MENOS.

¿Qué pasa?... *(Dentro.)*

PERICO.

¡Ya me las pagarás!...

FELIPA.

Perico que la quiere ver a usted...

TÍA MENOS.

Ya voy... (FELIPA, *burlándose, le pone dos cuartas de narices.)*

PERICO.

(Queriendo imitar.) ¿Te has fijao lo que hay en el rincón aquel?

FELIPA.

Una hormiga; ya la he visto...

TÍA MENOS.

(Entrando.) ¡Hola, buena pieza!

PERICO.

Buenos días.

TÍA MENOS.

¿Qué te trae por aquí?

PERICO.

Pues na. Este azumbrico de leche pa el siñor cura.

TÍA MENOS.

Vaya, hombre... Muchas gracias.

PERICO.

No hay de qué darlas.

TÍA MENOS.

Sí, hijo, sí. Que no sabes lo que hay que agradecértelo.

PERICO.

Me habían dicho que el Mosén no andaba muy bien con la salud.

TÍA MENOS.

Con la salud... no anda mal del tóo... Con otra cosa anda peor. *(Mirando el puchero.)* ¿Está cocía?

PERICO.

¡Ca, no, señora! Cuando he pasao el ribazo, que naide me podía ver, me he agarrao a las dos mejores cabras del rebaño y no he parao hasta llenar el puchero. Pruébela... Si entavía debe estar caliente...

TÍA MENOS.

(Probándola.) ¡Sí que tié buena cara! *(Mientras la prueba,* FELIPA, *sin que lo note Ramona, le pone en el gran bolso que llevará debajo del delantal el dinero que le dió Perico.)* ¡Qué rica está! ¡Dios te lo pague!

PERICO.

Bueno, me marcho.

TÍA MENOS.

Espera; le voy a decir a Mosén Patricio que estás aquí. *(Dice esta frase dirigiéndose a la puerta de la*

derecha.) Que siempre está preguntando qué será de Perico... Del desagradecío... Y no le falta razón. *(Al volver para continuar su reprimenda, sorprende a* PERICO *tirándole besos a* FELIPA, *y a ésta haciéndole burla.)* ¿Qué es eso? ¿Qué estáis haciendo?

PERICO.

Na, señá Ramona; que ésta... estaba...

TÍA MENOS.

Esa, que la voy a arreglar unas cuentas, y a ti, que te voy a echar de aquí.

PERICO.

Pero es que... usted s'ha figurao lo que no es...

TÍA MENOS.

¡Que no! ¿Eh? Largo de aquí... Largo...

MOSÉN.

(Por la derecha, que ha oído la última frase.) ¿Por qué echas a Perico?

TÍA MENOS.

Usted no sabe con lo que nos ha salido ahora... El muy...

MOSÉN.

¿Pero qué es ello?

TÍA MENOS.

Pues ná. Que está enamoricando a la Felipa.

MOSÉN.

¿Es cierto eso?

PERICO.

¡Mosén Patricio! No lo tome usted a mal... Yo...

MOSÉN.

Supongo que la querrás como Dios manda.

PERICO.

Más que como Dios manda... Yo no sé decirlo... Cuando estoy en el campo con el rebaño, si veo flores, las corto pa ella...; si miro al cielo, la veo a ella...; si tengo que llamar a algún animal que se descarría, la llamo a ella...

TÍA MENOS.

¡El animal serás tú!

PERICO.

Entiéndame bien lo que quiero decir...

MOSÉN.

Te comprendo, te comprendo. Tú, Felipa, ya sé que también le quieres.

FELIPA.

¿Lo sabía usted?

MOSÉN.

Te he oído suspirar varias veces... Llevas una temporada que rezas al Cristo con más devoción... Has

roto a Ramona, en poco tiempo, una porción de cacharros... y está en la edad de los amores.

FELIPA.

Y usted dejará que nos queramos, ¿verdad, padre?

TÍA MENOS.

¡Qué os va a dejar, desvergonzaos!

MOSÉN.

¿Por qué no?

TÍA MENOS.

¿Que va usted a consentir ese noviazgo?

MOSÉN.

Claro que sí.

PERICO.

(Besándole la mano.) Gracias, mosén Patricio, gracias.

TÍA MENOS.

Pero, mosén Patricio, ¡por Dios! Que eso es una locura... ¡Que usted por fuerza s'ha trastornao!

PERICO.

(Abrazando a la TÍA MENOS.) ¡Si a usted tampoco le paece mal, señá Ramona! Si se quiere usted enfadar y no puede...

TÍA MENOS.

¡A mí no te acerques siquiera!

PERICO.

Si me quié usted mucho... Si m'ha visto nacer y m'han salío los dientes a su lao... Si aluego me los ha quitao usted otra vez a fuerza de bofetás... Si m'ha cuidao más que si fuera mi madre...

MOSÉN.

¡Mujer! Si se te está cayendo la baba.

TÍA MENOS.

¿A mí?

PERICO.

A usted. Anda, Felipa, dala un beso muy fuerte a la agüela, que yo no me atrevo...

TÍA MENOS.

Dejarme de zalamerías... Que paecéis locos...

PERICO

De alegría, señá Ramona.

TÍA MENOS.

Pero, desgraciaos... ¿De qué vais a vivir?

PERICO.

¿De qué? De mi trabajo... Ya verá usted. Yo sé leer y escribir porque usted me lo enseñó. Sé de cuentas. Pues to eso me tié que servir pa ser algo más que un pastor. Sobre to, que si en el mundo no hay más que un panecillo, ése se lo come Felipa. Que no se le olvide. Usted nos protegerá, señor cura, ¿verdá que sí?

MOSÉN.

Quien tiene que protegeros es Dios. Yo le pediré a nuestro Cristo, y vosotros pedídselo también.

FÉLIPA.

Yo se lo pido tos los días.

TÍA MENOS.

Pues como no os haga más caso a vosotros que al mosén... vais a pasarlo medianamente...

MOSÉN.

¡Ramona!

TÍA MENOS.

¡A ver! Porque a nosotros nos está matando el hambre!

MOSÉN.

¡Ramona! ¡No me gusta; no quiero que hables así!

TÍA MENOS.

No hablaré; pero usted dirá lo que vamos a comer hoy.

MOSÉN.

Lo que Dios quiera... Que Él no ha de abandonarnos...

TÍA MENOS.

Pues como no se dé prisa a mandarnos algo...

FELIPA.

Tiene razón el padre. A lo mejor nos manda lo que menos podíamos esperar.

PERICO.

Sopóngase usted que quiere que coman hoy jamón.

TÍA MENOS.

¡Jamón!

MOSÉN.

Si Él quisiera, jamón comeríamos.

TÍA MENOS.

En el cielo no deben hacer matanza por lo que se ve.

MOSÉN.

En el cielo lo que se tiene muy en cuenta para repartir las gracias de Dios en la tierra es la fe. Esa fe que se va perdiendo en todas partes... Esa fe que se ha perdido en nuestra aldea, hasta el punto de olvidar a este Cristo, que tantos bienes repartió a todos los que hoy le abandonan. Y ahí tienes el resultado. Antes, en la aldea todo era paz, bienestar...; parecía un paraíso. Hoy no hay más que calamidades y miserias. También a esta casa han llegado... Quién sabe si algo de lo que aquí ocurre es una advertencia de Dios por tu desvío hacia ese Cristo que vive con nosotros.

TÍA MENOS.

¿A que resulta que voy a tener yo la culpa?

MOSÉN.

Yo no digo tanto. Pero me disgustan mucho las cosas que haces. Hoy, sin ir más lejos, no has encendido la lamparilla del altar.

TÍA MENOS.

Como que el poco aceite que había en ella, y un pan que le debemos a la señá Eufrasia, son las sopas que cenó usted anoche. Nosotras comimos pan solo.

PERICO.

¡Así andan ustés!...

TÍA MENOS.

Así andamos... Y bien sabe Dios que si yo me quejo no es por mí, que tengo el estómago tan acostumbrao a no comer, que cuando le echo algo se extraña... Es por él y por esta pobre...

FELIPA.

Yo no paso hambre, señá Ramona.

MOSÉN.

¡Dios mío!

TÍA MENOS.

Menos mal que hoy, con lo que has traído tú, podemos tomar algo...

MOSÉN.

¿Qué has traído?

PERICO.

Na; un pucherico e leche pa la merienda.

MOSÉN.

¡Dios te lo pague! ¿Ves, Ramona, cómo el Cristo no nos desampara?

PERICO.

Pues cuente con uno igual toas las mañanas.

MOSÉN.

No te molestes, hijo mío.

TÍA MENOS.

Sí, hijo mío, moléstate. Cuando menos, eso hay.

MOSÉN.

Esta situación será cosa de poco. Espero de un momento a otro una limosna del señor obispo.

TÍA MENOS.

Mejor será que le convide a comer, no crea que se lo pide usted pa vicios.

MOSÉN.

¡Dios de mi vida! ¡Quién había de decirme que esta ermita, tan llena de gente siempre, llegaría a verla tan sola! ¡Que este Cristo, respetado por los malos y venerado por los buenos, iba a encontrarse un día sin una lucecita!... ¡Y soy yo..., que no he sabido atraer a Ti los incrédulos ni contener los descarriados!... Yo,

que merezco un castigo..., que sufriré con resignación... ¡Hágase tu voluntad!

TÍA MENOS.

(Que, emocionada por las palabras del mosén, comienza a hacer pucheros, y al sacar el pañuelo tropieza con el pañuelo del dinero que le puso Felipa.) ¡Ay! ¡Ay!

FELIPA.

¿Qué la pasa a usted?

TÍA MENOS.

¡¡Ay, mosén!!... ¡¡Esto!! ¡Un milagro!

MOSÉN.

¿Qué es eso?

TÍA MENOS.

¡Dinero! ¡Es dinero! ¡Me lo he encontrao en la faltriquera! ¡Yo no me atrevo a abrirlo! ¡Es un milagro! ¡Un milagro!

MOSÉN.

Dame eso. Yo lo abriré.

TÍA MENOS.

Tenga usted cuidado no se le caiga... Debe estar bendecío...

MOSÉN.

(Desenvolviéndolo.) ¡Dinero! ¡No cabe duda; es un milagro!

TÍA MENOS.

(Arrodillándose.) ¡¡Y lo ha hecho conmigo!!... ¡Eso es que me voy a condenar!... ¡¡Perdóname, santísimo Cristo!! ¡¡Que lo que yo decía antes no era de corazón!! ¡¡Confiéseme, mosén Patricio!! ¡Confiéseme!... Creo en Dios Padre... Todopoderoso...

PERICO.

(A Felipa.) Oye: a ver si con la broma que le hemos dao le va a pasar algo.

FELIPA.

Eso mismo estaba yo pensando.

PERICO.

Yo la voy a desengañar.

TÍA MENOS.

¡¡Confiéseme, mosén!! ¡Que ya me estoy viendo rodeada de llamas! ¡Que las estoy viendo!

PERICO.

(Acercándose a ella. Aparte.) ¿S'habrá vuelto loca?...

TÍA MENOS.

¡Que se m'ha aparecido el demonio! ¡Que también lo estoy viendo!

PERICO.

Si soy yo, señá Ramona...

MOSÉN.

Tranquilízate... No temas las iras del Señor... Yo te absuelvo. Anda, ve a la capilla y reza al Cristo una parte del rosario por haberte elegido en esta manifestación de su santa piedad. Después iré yo.

TÍA MENOS.

Sí, señor. Y además le voy a ofrecer una penitencia.

MOSÉN.

No estará demás. *(Mutis de* TÍA MENOS *santiguándose.)*

PERICO.

Señor cura; que no s'asuste usted... Que too ha sido una broma...

MOSÉN.

No, hijo mío; ha sido un milagro.

FELIPA.

Que no; que se lo he puesto yo.

MOSÉN.

Ya me lo figuro. Pero ¿crees que no es un milagro encontrar un alma como la de Perico, capaz de hacer una obra así?

PERICO.

¡Anda! Mia que llamar milagro a eso...

MOSÉN.

No te quepa duda que ha sido una forma de la voluntad divina. De todos modos, no sé cómo agradecerte tan noble acción. Eres muy bueno... Eres un santo...

PERICO.

¡Un santo y además hago milagros! ¿A que le va usted que tener que decir una misa a San Perico González, u séase a mí?

MOSÉN.

No; pero la que diga mañana la ofreceré por tu felicidad.

PERICO.

¿Entoavía más que la que tengo? Si será exagerao... ¿Verdad, Felipa?

SIMÓN.

(Por el foro, como deteniendo de una carrera.) ¡Buenos días!

FELIPA.

¡Ay! ¡Qué condenao de hombre! ¡Qué susto ma dao!

SIMÓN.

Si es que creía que no llegaba... ¡Muchacho, qué nube viene!

PERICO.

¿Que hay nube?

SIMÓN.

Como que ya está cayendo ca gota que paece un plato.

PERICO.

¡Recontra! ¡Me voy a rejuntar el ganao...!

MOSÉN.

Entralo en la corraliza de casa... No estés en medio del campo habiendo tormenta.

PERICO.

Voy, voy. *(Desde la puerta.)* Y sí que llueve. *(Mutis por el foro.) (Pausa.)*

MOSÉN.

Siéntate, Simón, siéntate.

SIMÓN.

Con su permiso. (FELIPA *cierra la puerta y se sienta a la izquierda, y se pone a hacer una labor propia de gentes aldeanas.)*

MOSÉN.

Conque huyendo de la nube... ¿eh?

SIMÓN.

Sí, señor... Tengo algo de reparillo a los truenos; la verdad.

MOSÉN.

Mira por dónde has venido por fin a la ermita... al cabo de tantos años...

SIMÓN.

Si es que no tiene uno tiempo pa ná... Además que ahora soy socialista.

MOSÉN.

¡Ah! Eres socialista...

SIMÓN.

Sí, señor.

MOSÉN.

¿Y qué tiene que ver el socialismo con la religión?

SIMÓN.

Algo tendrá que ver..., porque al que de nosotros lo ven en misa, *el boincontage. (Pausa.)*

MOSÉN.

¡Desgraciados! Respetáis esas órdenes y no obedecéis las de vuestras conciencias.

SIMÓN.

Qué quié usted. Si uno fuera rico... se podía hacer; pero siendo pobre...

MOSÉN.

Os tiene mejor cuenta.

SIMÓN.

Eso ni que decir tiene. Ya ve usté el cambiao que vamos a dar ahora.

MOSÉN.

¡Ah! ¡Vais a cambiar!

SIMÓN.

Sí, señor. Cuando m'ha pillao la nube... venía de Valdetorres. Hemos tenido *metin*.

MOSÉN.

¡Ya me extrañaba verte por el campo!

SIMÓN.

Como que m'han nombrao delegao del Comité de albañiles pa el pueblo y tóo el contorno.

MOSÉN.

¡Vaya con Simón!... ¡Con el bueno de Simón!... Con aquel niño que tanto quería al padre Patricio...

SIMÓN.

Y le quiero a usted.

MOSÉN.

Aquel niño que llegaba el primero todos los domingos a la capilla para oír su misita... El que quería ser sacerdote... Aquel Simón a quien tantas veces el padre Patricio le dió su propia comida para que su madre y él no murieran de hambre, abandonados por un padre lleno de vicios... ¡Ahí lo tienes! ¡Delegado del Comité! ¡Jefe de los socialistas del pueblo! Predicando contra la Iglesia... Contra el Cristo de los Pinares... Contra el padre Patricio...

SIMÓN.

Yo no digo na malo de usted.

MOSÉN.

... dedicándose a hacer chascarrillos de la blasfemia... A no descubrirse al paso del Santo Viático... ¡A ser todo un hombre!

FELIPA.

Y a emborracharse; que éste es de los que han encarecido el vino.

SIMÓN.

¡Si casi lo pruebo!

FELIPA.

Pues por algo te llamarán "Simón, el Pipa".

MOSÉN.

Y qué, ¿ha estado muy concurrido el mitin?

SIMÓN.

Hemos ido casi tóos los asociaos, sí, señor

MOSÉN.

¿Y sois muchos?

SIMÓN.

Albañiles..., lo que se dice albañiles, semos siete; pero hay cuatro similares.

MOSÉN.

¿Similares?

SIMÓN.

Unos que, cuando hace falta, nos echan una mano.

MOSÉN.

¿Habréis puesto a los burgueses que no habrá por dónde cogerlos?

SIMÓN.

Se ha hecho lo que s'ha podío, sí, señor. Pero lo principal es que hemos aprobao las bases.

MOSÉN.

¿Qué bases?

SIMÓN.

Unás que pa el trabajo hemos hecho yo y *El Cigüeña,* el del Pueblo Alto. Si quié usted enterarse de ellas, aquí las traigo... De paso..., si a usted le paecen bien..., contamos con ello, y pa el caso de declararse la huelga general le separamos de las listas negras.

MOSÉN.

¡Vaya, hombre! Trae que las lea.

SIMÓN.

No sé si las entenderá. Las ha escrito *El Cigüeña,* que es el secretario, y tié una letra...

MOSÉN.

Sí, sí lo entenderé... *(A Felipa.)* Tráeme las gafas.

SIMÓN.

Yo las leeré, si usted quiere. *(Leyendo.)* Bases pa el gremio de albañiles. Uno. Que quiere decir primera. El jornal será de setenta reales diarios toos los días.

MOSÉN.

¡Setenta reales!

SIMÓN.

Está too muy caro.

MOSÉN.

¡Qué enormidad! Sigue.

SIMÓN.

Segunda. Habrá descanso dominical los jueves y domingos, con jornal entero. Tercera. Caso de estar malo, se le dará el jornal entero, y si está malo de veras, jornal y medio.

MOSÉN.

¿Cómo es eso?

SIMÓN.

Es que está mal explicao. Cuarta. Pa los accidentes del trabajo, un mes sin hacer na por ca cuatro días de cama. Too pagao y con jornal. Eso pa la convalecencia.

MOSÉN.

Ya, ya.

SIMÓN.

Quinta. Si se muere uno de la familia, entierro pagao y el luto; si el muerto es el asociao, se le dará el jornal toa su vida a la viuda, aunque no estuvieran casaos. Hay que pensar en too. ¿Me muero yo, y qué hace toa mi gente?

MOSÉN.

Descansar, no te quepa duda.

SIMÓN.

Sexta. *(Se oyen grandes truenos.)*

MOSÉN.

¿Quedan muchas?

SIMÓN.

Hay treinta y dos. Y entoavía no está too.

MOSÉN.

Vaya, hombre; pues no exigís gran cosa.

SIMÓN.

¿Verdad, señor cura? Como que es lo que yo he dicho: esto tié que ser el programa mínimo.

MOSÉN.

Pues a pesar de ser el mínimo... *(Se oye fuera un grito de mujer.)*

FELIPA.

¡Han gritado!

MOSÉN.

Yo también he oído...

ENRIQUE.

(Abriendo la puerta del foro.) Está, está abierta.

JOSEFINA.

(Entrando precipitadamente.) ¡Madre mía, qué miedo!

ELVIRA.

(Lo mismo.) ¡Vaya un aguacero!

ENRIQUE.

Nos hemos puesto tibios.

ELVIRA.

¡Ah, buenos días!

MOSÉN.

Buenos días.

ENRIQUE.

Perdone usted, padre, si hemos tomado esta casa por asalto.

MOSÉN.

Han entrado ustedes en la casa de Dios, y en ella todos tienen acobijo.

ELVIRA.

¿Pero esto es una iglesia?

MOSÉN.

Es la ermita del Cristo de los Pinares, patrón del pueblecito que habrán visto a dos kilómetros de aquí.

ELVIRA.

¡Una ermita!... ¡Cosa más extraña!...

ENRIQUE.

Nosotros íbamos a visitar el salto de agua de Fuentiblanca, y, por una avería del auto, llevamos parados cerca de una hora en la carretera, cuando nos sorprendió la tempestad.

JOSEFINA.

Yo he creído morirme del susto. ¡Qué truenos!

MOSÉN.

Esto es aquí muy corriente. Lo de hoy no tiene importancia.

ELVIRA.

¿Y vive usted aquí, padre?

MOSÉN.

Desde hace veintiséis años.

ELVIRA.

¿Pero como cura de la ermita?

MOSÉN.

Naturalmente.

ENRIQUE.

¿Pues cómo querías que viviese?

ELVIRA.

Lo he preguntado, porque yo recuerdo que en uno de esos juegos de preguntas que una misma contestación sirve para dos cosas distintas se dice: "¿En qué se parece una ermita a un tísico?" Y se contesta: "En que no tiene cura." Y creía que el dicho era verdad.

MOSÉN.

Así suele ser casi siempre; pero yo estoy aquí por una generosidad del señor obispo. Fuí párroco muchos años de la aldea. Allí prediqué la Santa Religión, con más voluntad que acierto, hasta que me hice tan viejo, que hubo de encargarse de la parroquia otro sacerdote. Entonces me entregaron el culto de este milagroso Cristo, para que a su lado aguarde la hora en que Dios disponga de mí.

ELVIRA.

Tendrá usted muchos años...

MOSÉN.

Muchos..., muchos...: ochenta y siete hice el mes pasado.

ELVIRA.

Pues los lleva usted muy bien.

MOSÉN.

No estoy mal, gracias a Dios.

ELVIRA.

¿Y quién lo cuida a usted?

MOSÉN.

Otra anciana casi de mi tiempo y esta niña.

ELVIRA.

Es muy guapa.

FELIPA.

Muchas gracias.

ENRIQUE.

Será su sobrina; porque no se concibe un cura de aldea sin su correspondiente sobrina.

MOSÉN.

La malicia no lo concibe, efectivamente.

ENRIQUE.

No, padre. No lo he dicho con otra intención.

MOSÉN.

Ya me figuro que es una broma. Esta niña quedó huérfana cuando tenía tres años. Estaba solita... Sin un pariente que se hiciera cargo de ella... Y la traje conmigo. En santa hora, porque es un ángel.

ENRIQUE.

Hermosa acción.

ELVIRA.

¿Y dónde está el Cristo?

MOSÉN.

Esa es la puerta de la capilla.

ELVIRA.

Dirá usted, padre: ¡qué curiosa es esta mujer!...

MOSÉN.

No, hija mía...

ELVIRA.

Es que..., si usted supiera... Si yo le pudiese explicar a usted la impresión que me produce el cuadro de esta vivienda... Este ambiente de sencillez... De bondad... *(A Enrique.)* ¿Verdad que es muy simpático todo esto?

ENRIQUE.

Ya lo creo.

ELVIRA.

Parece uno de esos cuadros de novela... La casa aislada con sus viejos muros... Con su huertecito..., con sus gallinas..., con sus flores...; ustedes tendrán, seguramente, de todo, ¿verdad?

MOSÉN.

No; no, señora. Somos muy pobres.

ELVIRA.

¿Pero tener eso cuesta mucho dinero?

MOSÉN.

Mucho, no... Algo, cuando menos... Y en esta casa no hay nada. Ya ve usted: ese puchero de leche que nos ha traído un pastor iba a ser nuestra comida de hoy, a no ser otro recurso que Dios nos ha mandado.

JOSEFINA.

¡Pobres gentes!

ELVIRA.

¿Esto sólo para comer todos?

MOSÉN.

Y pidiéndole a Nuestro Señor que no falte.

ELVIRA.

Y qué rica debe estar.

MOSÉN.

Recién ordeñada. ¿Quiere usted probarla?

ELVIRA.

Tomaré un vasito.

MOSÉN.

¡Ramona! ¡Ramona!

ELVIRA.

No se moleste: yo me la serviré.

MOSÉN.

No faltaba más... ¡Ramona!

TÍA MENOS.

(Saliendo.) Ya estoy aquí. Buenas tardes.

ENRIQUE y ELVIRA.

Buenas tardes.

ELVIRA.

¿Esta señora es el ama?

TÍA MENOS.

Servidora de usted.

MOSÉN.

Trae unos vasos para que estos señores tomen un poco de leche.

TÍA MENOS.

Pa que... tomen...

MOSÉN.

Sí, mujer; anda.

TÍA MENOS.

Voy. *(Aparte.)* Pues si no es por el milagro, la fineza del mosén nos ahorra una digestión. *(Al pasar y ver a Simón.)* ¡Hola, buena pieza! Si no *hubiá vesita,* ya te diría yo un recao...; y eso que me pillas un poco trastorná.

SIMÓN.

No se meta conmigo, Tía Menos, por lo que puea ocurrir.

TÍA MENOS.

Acompáñame, Felipa, que yo no alcanzo a la alacena. *(Mutis las dos por segunda izquierda.)*

ELVIRA.

(A Simón.) ¿Cómo ha llamado al ama?

MOSÉN.

Tía Menos.

ENRIQUE.

Qué apodo más raro...

MOSÉN.

Es una santa. Pero siempre tuvo la inocente manía de quitarse años, y como cuando la preguntan por los que tiene dice algunos menos, la empezaron a llamar Tía Menos, y con ello se quedó.

ENRIQUE.

También debe tener bastantes.

MOSÉN.

Setenta y siete hará pronto.

ELVIRA.

¡Setenta y siete! Pues está muy ágil.

TÍA MENOS.

(Con los vasos.) No son todos iguales; pero será lo mismo.

ELVIRA.

Lo mismo, sí, señora.

ENRIQUE.

Diga usted, abuela: ¿tiene usted muchos años, y perdone la curiosidad?

TÍA MENOS.

Sesenta y ocho y tres meses. *(Todos ríen.)* ¿De qué se ríen?

ELVIRA.

De nada. Y ahora, padre, me permitirá que, a cambio de esto, yo les regale nuestra merienda.

MOSÉN.

¡Oh, no, no! De ninguna manera.

ENRIQUE.

Si después de todo no nos tiene que agradecer nada.

ELVIRA.

Pensábamos haberla comido en la presa; pero con esto se nos ha estropeado la excursión. En cuanto podamos, nos volvemos a Madrid.

TÍA MENOS.

Acételo, mosén, acételo, y que Dios se lo pague a estos señores.

ENRIQUE.

(A Simón.) Ande, buen hombre. ¿Quiere llegarse al auto que está parado ahí enfrente y decirle al chófer que le dé la cesta de la merienda?

SIMÓN.

Me lo prohibe la base veintisiete.

ENRIQUE.

La base...

TÍA MENOS.

Mejor es que vaya Perico.

SIMÓN.

Yo, por mí... Pero aluego se entera *El Cigüeña,* y con el pico que tiene... *(Mutis foro.)*

ELVIRA.

¿De modo, padre Patricio, que, por lo visto, les falta a ustedes hasta lo más indispensable para vivir?

MOSÉN.

Ahora nos va faltando, sí, señora.

ELVIRA.

¿Pero usted no recibe algún auxilio..., algún sueldo?

MOSÉN.

La parroquia nos manda seis libras de cera para el culto del Cristo y dos reales para mí.

JOSEFINA.

¡Qué mezquindad!

TÍA MENOS.

Y entoavía les parece un censo.

MOSÉN.

Es que la parroquia tiene muy poco también.

ELVIRA.

¿Se puede ver la capilla, padre?

MOSÉN.

Sí, hija mía. Pase si quiere. Verá usted un Cristo pobre... Muy pobre... Hoy ni siquiera tiene una luz... Pero es una imagen preciosa. Se dice de ella que se le apareció a un justo, y verdaderamente no parece obra de los hombres.

ELVIRA.

No se moleste usted. Iré yo sola.

MOSÉN.

No; le acompañaré a usted. ¿Ustedes no entran?

JOSEFINA.

Bueno...

MOSÉN.

Pasen..., por aquí... *(Mutis lo cuatro.)*

TÍA MENOS.

(Mirando al cacharro de la leche.) Bien podías haber dejao algo...

FELIPA.

Déjelo usted, agüela. Hoy ya no hace falta. Y qué, ¿se l'ha pasao ya el susto?

TÍA MENOS.

¡Entoavía tengo un tembleque!...

FELIPA.

Pero mire que es usted tonta...

TÍA MENOS.

Sí, tonta. En mi pellejo te quisiá haber visto...

PERICO.

(Por el foro y con la cesta.) Aquí está la cesta.

FELIPA.

¿Pero has ido por los aires?

PERICO.

Más apriesa. En cuanto me dijo Simón pa lo que era, en tres saltos me planté allí.

SIMÓN.

(Con las tres botellas de vino.) Aquí está el vino.

TÍA MENOS.

Milagro que no lo hubieras olío tú...

PERICO.

(Por la cesta.) ¡Y que hay que ver lo que pesa!...

TÍA MENOS.

Trae que vemos lo que tiene.

FELIPA.

No vayan a salir...

TÍA MENOS.

Les tié que contar el mosén toa la historia y el milagro de la aparición... Tién pa rato.

PERICO.

Bueno, señá Ramona. No se le vaya a ocurrir que sale de la cesta otro milagro y se quee sin probar bocao...

TÍA MENOS.

¡Hazme el favor de no jugar con las cosas de Dios, reporra!

SIMÓN.

Este vino no lo puén beber ustedes...

FELIPA.

¿Que no?

SIMÓN.

No, porque es ateo...

TÍA MENOS.

¿Qué estás tú diciendo?... ¿Que es ateo?...

SIMÓN.

Sí, señora. Que este vino no está bautizao...

PERICO.

¡Rediez, cuánto paquetico! *(Metiendo las narices.)* ¡Agüela! ¿Sabe usted que esto paece cosa del otro mundo?

TÍA MENOS.

¡Mira, Perico, que estoy muy asustá! Deja en paz las ánimas.

PERICO.

Es por lo que dijo antes el mosén: "Como el Cristo quiera, hoy comemos jamón." Y esto huele a jamón...

FELIPA.

Pues eso sí que es un milagro.

TÍA MENOS.

¡Y yo que decía que en el cielo no hacían matanza! Esto es el demonio... El demonio, que está metío en tóo esto...

PERICO.

¡Ya lo he visto!

TÍA MENOS.

¡Ay! ¿Que has visto al demonio?

PERICO.

No, señora... Al jamón. *(Si las condiciones del escenario lo permiten, entrará el* TÍO BROCOS *montado en un burro, que dejará atado, después de apearse, fuera de la escena. De no ser posible, entrará a pie.)*

BROCOS.

Buenas tardes.

FELIPA.

Buenas tardes...

TÍA MENOS.

Brocos... ¿No te decía yo que había visto al demonio?

BROCOS.

Qué..., ¿no está el cura?

FELIPA.

Está en la capilla con unos señores.

BROCOS.

Forasteros, ¿eh? Hoy día gordo.

TÍA MENOS.

Mira si será gordo que has venío tú...

BROCOS.

¡No te diré que no! La Felipa ca día más guapa...

PERICO.

Tié quien se lo llame, señor alcalde.

BROCOS.

Pero lo estaría más entavía si en vez de estar aquí, muerta de neseciá y trabajo, se fuera a mi casa. Allí no la faltaría na.

TÍA MENOS.

¡Le paece a usté el sinvergüenza! ¿Te crees que toas son como tu hija, que el mejor día va a tener que dar que hablar con alguno.

BROCOS.

Si vuelves a ocuparte de mi hija, te arranco la lengua. ¡Tía bruja!

TÍA MENOS.

¡Bruja yo! Tendrás que arrancar las de tóo el pueblo.

BROCOS.

Las que haga falta.

PERICO.

Pues cuide de la suya, tío Brocos, porque como se atreva a darle otra vez las buenas tardes siquiera a la Felipa, no faltará quien se la arranque.

BROCOS.

Por lo visto, t'has olvidao que soy el alcalde...

PERICO.

¡Como si fuera usted el deputao!...

ENRIQUE.

(Salen los cuatro de la capilla.) Efectivamente, la escultura es muy buena.

JOSEFINA.

Sí; pero a mí los Cristos, cuanto mejor hechos, me dan más miedo.

MOSÉN.

(A Elvira, que entra detrás.) Cuando es necesario, se abre esta puerta y queda la capilla más grande. ¡Caramba, Brocos! ¿También te ha traído a ti el agua?

BROCOS.

No, señor; vengo de oficio.

MOSÉN.

El señor es el alcalde del pueblo.

ENRIQUE.

¡Ah! ¿Es usted el alcalde?

BROCOS.

Pa servirles.

JOSEFINA.

(Aparte.) Vaya un tipo...

BROCOS.

Y ustedes, qué, ¿s'han venío a ver el Cristo?

ENRIQUE.

Hemos entrado por casualidad; pero no nos pesa haber visitado esta ermita.

BROCOS.

Pues bien poco tié que ver.

ELVIRA.

¡Vaya si tiene que ver! La imagen es preciosa.

BROCOS.

Como fegura dicen que sí. Yo no entiendo de eso.

MOSÉN.

Les advierto a ustedes que el señor es uno de los que más han contribuído a que en el pueblo se pierda la devoción al Cristo.

ELVIRA.

¿No es usted creyente?

BROCOS.

A medias... Yo, aunque me esté mal el decirlo, he nacío católico y creo de la Iglesia lo que debo creer... Lo que no me trago son esas cosas que los curas le cuelgan a los Santos pa hacer su negocio...

ENRIQUE.

Pues el cura aquí presente no lo ha hecho muy grande, por lo que se ve...

BROCOS.

¡Ahora que la gente s'ha desengañao! Pero esto era antes una explotación.

MOSÉN.

Como que nosotros hemos arruinado al pueblo.

BROCOS.

Tanto no digo. Pero les dió a la gente por creer que toos los años el Cristo hacía un milagro la víspera de la fiesta de la ermita, y esto era un jubileo. Que si velas pa el Cristo...; que si Novenas... ¡En fin, el desideratorum!

MOSÉN.

¿Qué les parece la primera autoridad del pueblo? Ni por respeto al lugar donde se encuentra... Ni por respeto a ustedes.

ENRIQUE.

Tenga usted en cuenta, señor alcalde, que está usted ofendiendo los sentimientos religiosos de estas gentes, y aunque sus ideas sean distintas a las de ellos...

BROCOS.

Quiá, no, señor. Se ponen así porque les escuece que diga las verdades.

MOSÉN.

¿Qué verdades has dicho?

BROCOS.

Lo tocante a los milagros.

MOSÉN.

(Enérgico.) ¡Eso sí que no! *(Dando con el bastón en el suelo.)* ¡Que niegues los milagros del santo Cristo, no te lo consiento!

BROCOS.

Pues por algo s'habrá escamao la gente.

MOSÉN.

Milagro y no pequeño es que permita tus blasfemias al pie de su altar y no te haya mandado el castigo que mereces.

ELVIRA.

¡Vamos, padre! No se excite..., no haga caso...

MOSÉN.

¡Decir que mi Cristo no hace milagros!...

ELVIRA.

Déjelo, padre...

TÍA MENOS.

Y que hayan nombrao alcalde a este buey, con cencerro y too..., y que Dios me perdone...

FELIPA.

Márchese de aquí, tío hereje.

MOSÉN.

Sí, Brocos. ¡Vete! Si no has venido más que a insultar a esta santa casa, ya has conseguido lo que querías. ¡Vete!

BROCOS.

Yo no he venido a insultar a nadie... Vengo a otra cosa que les va a saber peor: a notificarle el acuerdo del Concejo. Que no hay dinero pa arreglar la ermita... Que después de pagar las cargas del Municipio, apenas quea dinero pa el cine y la corrida de la feria...; y considerando que es verdad que la capilla se viene al suelo, y el Cristo pué hacerse pedazos, llamemos al párroco *iso fato,* y entre toos hemos acordao que se lleve al Cristo a la iglesia del pueblo.

MOSÉN.

¡¡Cómo!! ¿Llevarse mi Cristo?

BROCOS.

Ayer se mandó la solicitud al excelentísimo obispo de la diócesis.

MOSÉN.

(Lloriqueando.) ¡Llevarse mi Cristo! ¡¡Separarme de El!! ¡¡No!! ¡Eso no es verdad! ¡¡No puede ser verdad!! *(Llora.)*

TÍA MENOS.

(Llorando.) ¡Miserable! ¡Gato montés! ¡Ladrón! Tóo eso es cosa de tu mala entraña...

MOSÉN.

(Suplicante.) No, Brocos... ¡No me lo quites! ¡Déjame junto a El hasta que Dios disponga de mi vida, que será muy pronto!

FELIPA.

¡No llore usted, padre!... Que no se lo llevarán.

JOSEFINA.

¡Pobre viejo!

ELVIRA.

¡Esto es una crueldad, señor alcalde!

BROCOS.

Y qué quié usted que yo haga...

ELVIRA.

Revocar ese acuerdo. ¿No le da pena este ancianito, que debían venerar todos?

BROCOS.

Mire usted; aunque sea usted muy principal..., las cosas de los pueblos, las arregla el pueblo, sin que naide tenga que meterse.

ENRIQUE.

Y en los pueblos y en cualquier parte, cuando habla una señora, se la guarda las consideraciones que merece... ¡So tío grosero!

BROCOS.

¿A que entoavía van a saber quién es este alcalde?...

JOSEFINA.

(Aparte a ENRIQUE.) Cállate, que esta bestia nos mete en la cárcel.

MOSÉN.

¡Mi Cristo! ¡Defiéndanme, por caridad! ¡Defiéndanme!

ELVIRA.

Tranquilícese. Su Cristo no saldrá de esta ermita.

BROCOS.

¿Que no, eh?

ELVIRA.

(Enérgica.) ¡No; no saldrá de aquí!

BROCOS.

¡Pues yo le aseguro que sale, aunque tenga que echar la ermita abajo!

ELVIRA.

¡No sale de aquí!

BROCOS.

Lo veremos.

ELVIRA.

Lo veremos.
(Hace mutis BROCOS *por el foro.)*

MOSÉN.

Tenga usted piedad, señora.

ELVIRA.

No se preocupe. Yo le aseguro que ese alcaldillo no se sale con la suya.

MOSÉN.

(Besándola las manos.) ¡Gracias, gracias!

ELVIRA.

Y no llore..., que se me parte el alma al ver esas lágrimas...

MOSÉN.

No; no lloraré...

ELVIRA.

Ahora mismo nos vamos a Madrid, y verá como no llega la orden del obispo.

MOSÉN.

Dios se lo pague... ¡Dios se lo pague!

ELVIRA.

Adiós, entonces. Vendré a verle muy pronto.

MOSÉN.

Sí, sí; muy pronto.

JOSEFINA.

(Besándole la mano.) Adiós, padre Patricio.

MOSÉN.

Que Dios les proteja.

ENRIQUE.

(Dándole un billete de cien pesetas.) Padre Patricio, acepte este modesto obsequio... La mitad para el culto de la capilla y la otra mitad para usted. Y no pase cuidado, que todo se arreglará.

MOSÉN.

El Señor les colme de bendiciones.

ENRIQUE.

Hasta otro día. *(Mutis con* ELVIRA *y* JOSEFINA *por el foro.)*

MOSÉN.

¡Dios mío, no me abandones!...

FELIPA.

No tenga miedo, padre. ¿No ha oído a esa señora tan buena?

MOSÉN.

Pero los otros son muy malos...

PERICO.

Que no pase usted cuidao. Que el Cristo no se va a dir solo... Por él tién que venir..., y al que se acerque, a cantazos lo hago roar por la cuesta.

SIMÓN.

Y si no basta Perico, aquí está Simón de semilar. ¿Lo ha oído, señor cura? Aquel Simón de endenantes, que mire usted lo que hace con las bases. *(Las rompe.)* Lo que quié decir que yo le arreglo a usted la capilla sin costarle na, aunque luego me declaren el *bicontarge.*

TÍA MENOS.

Y entoavía dicen que no hace milagros... Hasta Simón, el hereje, s'ha convertío... A menos que no esté borracho.

SIMÓN.

Hoy no lo he probao, ni por medicina... Pero aluego me lo dirá usted.

FELIPA.

¿Ve usted, padre? Tóos somos a defenderle.

MOSÉN.

Sin embargo... Venid, hijos míos... Vamos todos a pedir al Cristo su protección..., su amparo... *(Van entrando en la capilla. El primero,* SIMÓN.) A decirle que a El dedicaremos nuestra vida..., que seremos buenos... Venid conmigo... *(Telón lento.)* Que por encima de las malas acciones de los descreídos está la piedad divina... Venid conmigo.

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior, pero embellecida por obra muy reciente.

ESCENA PRIMERA

TÍA MENOS, FELIPA y SIMÓN

TÍA MENOS.

(Hablando, al interior de la casa, por la primera izquierda.) Que sí, señor... Que estoy con ella... Ya no me falta más que un zurcío y dos botones. *(A* FELIPA.) Estate prepará, porque pué ser que se nos presente aquí el padre Patricio en calzoncillos...

SIMÓN.

¡Pues mía que el mosén en paños menores y con gorro de dormir!

FELIPA.

Es que lleva usted más de una hora diciéndole que le está terminando la sotana.

TÍA MENOS.

Pa que no se levante...

FELIPA.

Déjele usted que se vista ya.

TÍA MENOS.

Y si se viste, lo tenemos aquí en seguida. Y si sale antes de que llegue la señorita, se enfada ella... Y entre que se enfade la señorita o que mosén Patricio se esté un rato más en la cama, ¡que se aguante!

FELIPA.

Verdad que después de haberse pasao mes y medio metío en ese cuarto, le va a parecer mentira salir aquí.

TÍA MENOS.

Y lo que es pior: que si aluego de haberlo tenío entre la vía y la muerte por el disgusto que le dió el tío Brocos, que ajolá trompiece y se esnuque, y Dios me perdone, y que encima le caiga en la caeza un pedrusco de treinta arrobas, y la Virgen no me lo tenga en cuenta; y que después se caiga al río, se lo lleve la corriente toa la semana y se lo coman los cangrejos, dicho sea sin ofender a la Santísima Trinidad; lo que me trae con más cuidào es que no le vaya a dar un patatús de alegría en cuantico que vea too lo que la señorita Elvira le tié preparao.

SIMÓN.

En lo tocante a las desgracias personales del tío Brocos, soy un semilar de usted, señá Ramona.

FELIPA.

No tenga cuidao. De alegría no le pasa na a naide.

SIMÓN.

¿Que no, eh? Pues mira lo que le pasó a mi concuñao cuando se nos murió la madre política... Que a las cinco horas de enterrarla, lo teníamos a él con la cara tapá y enseñando las suelas.

FELIPA.

Pero fué de la borrachera que cogisteis los dos.

SIMÓN.

Es que la cogimos pa celebrar el acontecimiento. Y es lo que nos dijo al auditorio en la agonía: "No siento morirme tan pronto más que por que mi suegra se salga con la suya de tenerme a su lao." ¡Muchacho, la gracia que nos hizo!

TÍA MENOS.

Allá nos espere muchos años...

SIMÓN.

Por eso me doy yo la gran vida.

TÍA MENOS.

Ya lo vemos... Quebrao no te queas...

SIMÓN.

¡Quéjese usted ahora! Lo que estoy trabajando... Tengo enlucía la pared que mira a la carretera y un esquinazo de la otra.

TÍA MENOS.

No; si pa lo que acostumbras, tiés razón. No te quito el mérito.

FELIPA.

Aprende de los pintores y de los albañiles de Madrid... Han dejao la capilla que no habrá otra mejor ni en la capital...

SIMÓN.

También son de Madrid.

TÍA MENOS.

Estos que han venío saben muchas picardías; pero tienen unas manos...

FELIPA.

Y más cevilización. Mia cómo viene Perico. En un mes menos tres días que ha estao allí al servicio de la señorita, hay que ver cómo se l'ha pegao el habla. ¡Dice ca cosa!

TÍA MENOS.

Dice ca cosa que no hay quien lo entienda.

SIMÓN.

¡Me han dicho que viene muy cambiao!

FELIPA.

Pero ¿no le has visto, y está aquí desde las ocho de la mañana?

SIMÓN.

Es que he tenido que ir a la cantera a por yeso, y cuando he vuelto ya se había bajao al pueblo.

FELIPA.

¡Ah! Pues no lo vas a conocer. Viene con un traje color yerba seca que paece un señor. Los pantalones los trae inflaos por los bolsillos... Una chaqueta con unos botones que paecen de oro... Y unas polainas de suela, que se llaman..., se llaman... ¿Cómo ha dicho que se llaman, agüela?

TÍA MENOS.

Legüis.

FELIPA.

Eso es: legüis.

SIMÓN.

¿Y cómo ha venío? ¿En la borrica del peatón?

FELIPA.

En un carro de esos grandes, y que se llaman...

TÍA MENOS.

Caimones.

SIMÓN.

Pues es verdad que m'alegro. Y ahora, a casarse...

FELIPA.

Eso quien lo tié que decir es la señorita...

SIMÓN.

Mia que tenéis suerte... Hace na, ni conocerla siquiera; y ahora, que si Perico y la Felipa... Y que si la Felipa y el Perico...

TÍA MENOS.

Como que los ha tomao apego, y dice que los tie que proteger.

MOSÉN.

(Dentro.) ¡Ramona!

TÍA MENOS.

¿Que quié usted?

MOSÉN.

(Dentro.) Quiero que hables menos y cosas más.

TÍA MENOS.

Es que la estoy dejando como nueva... ¡Y tan nueva! Como que l'ha traído úna Perico que la señorita le ha comprao en Madrid, que no la lleva mejor ni un canónigo de la catedral.

PERICO.

(Entrando.) ¿He tardao? ¡Simón!

SIMÓN.

¡Rediez! Cualquiera te conoce. ¡Un abrazo!

PERICO.

No; que estás lleno de cal y me vas a manchar la librea.

SIMÓN.

(Quitándose la blusa.) ¡Que no! Aunque tenga que ponerme como pa bañarme... *(Se abrazan.)*

PERICO.

¡Aprieta, Simoncete!

GERVASIO.

(Que ha entrado detrás de Perico; muy místico al parecer.) Santas y buenas tengan ustedes, Felipa, señá Ramona y el cordero iluminao.

SIMÓN.

Oye, tú: ¿qué m'has llamao?

GERVASIO.

Cordero iluminao, o. lo que es lo mismo, tocado del arrepentimiento, según me ha dicho Perico.

SIMÓN.

¡Mira, chupavinajeras!... Que desde que me llamaste mula en latín estoy deseando cogerte en un renuncio... Y como te coja, el tocao vas a ser tú.

GERVASIO.

¿Han visto ustedes qué *modus expresati?*

SIMÓN.

¿Qué m'has llamao?

PERICO.

¡Eh, eh! Que aquí no regaña más que la señá Ramona. Ya os estáis dando un abrazo, o cojo la cachaba y os diño dos cosquis en la chola.

TODOS.

¿Eh? *(Quedándose con la boca abierta.)*

SIMÓN.

¿En la qué ha dicho?

PERICO.

En la chola.

SIMÓN.

Bueno... Por mí... *(Se abrazan.)*

GERVASIO.

Pax domini sin semper...

SIMÓN.

¡Rediez lo que te cuesta hablar como las personas!

GERVASIO.

Es la costumbre de la iglesia.

SIMÓN.

Y cuenta..., cuenta... ¿Qué te haces en Madrid? Debe ser una cosa así mayor que Teruel...

PERICO.

Madrid... es... una pochez. *(Imitando a los pollos bien.)* ¡Es jamón, chico! Hay ca chanteusses que intosican... Unos bules con unos cines que es el desmiguen... Y unas señoras con unos mantós, unos chapós y unos trusós que es el caós. *(Todos se miran.)*

TÍA MENOS.

¡Vaya por Dios!

PERICO.

La gente lo mismo anda por las calles, que por debajo de tierra, que por encima de las casas...

SIMÓN.

Oye... Que te pasa lo que al café...

PERICO.

¿El qué?

SIMÓN.

Que te estás colando...

FELIPA.

No le hagas caso, sigue... ¿Y las señoras, tendrán un lujo...?

PERICO.

En eso no andan mu bien. Se conoce que como hay tantas, no tien tela pa toas, y andan las pobres enseñando ca cosa...

SIMÓN.

¿El qué?... ¿El qué?...

GERVASIO.

Detalla, Perico, detalla...

TÍA MENOS.

Nos lo feguramos...

PERICO.

Ca, no señora. Mire usted: el otro día... *(Se oye la bocina de un automóvil.)* Ya está ahí la señorita. *(Mutis foro.)*

FELIPA.

Ya se siente el coche...

SIMÓN.

Se ha podido esperar a que terminase Perico. *(Se pone la blusa.)*

TÍA MENOS.

Vaya, dejaremos que se levante el mosén. *(Mutis primera izquierda.)*

GERVASIO.

Oye, Simón. Cuando te quedes solo con Perico, que te siga contando cosas de Madrid. Dice que ha visto cada pantorrilla...

SIMÓN.

Lo que no le he preguntao es por el vino...

GERVASIO.

Creo que hay una de pellejos...

SIMÓN.

¡Ay, mi madre! Me veo cambiando de residencia. *(Mutis foro.)*

GERVASIO.

(A FELIPA.) ¿Tú sabes si esa señora tiene oratorio en su casa?

FELIPA.

No lo sé. Pregúntaselo.

GERVASIO.

Te lo decía porque, de tenerlo, me podías recomendar para poder entrar a su servicio. Ya ves: yo, además de conocer el ritual de la Iglesia, delante de un órgano soy un virtuoso, y con una guitarra en la mano...

ELVIRA.

(Entrando por el foro. Poco después, RAMONA *por la primera izquierda.)* ¡Hola, Felipilla!

FELIPA.

Muy buenas, señorita.

ELVIRA.

¿Qué tal, Ramona?

TÍA MENOS.

Muy bien. ¿Y usted?

ELVIRA.

¿Y el padre Patricio?

TÍA MENOS.

Ahora se ha empezao a vestir. Le hemos estao engañando hasta que usted viniera.

ELVIRA.

¿De modo que no se ha enterado de nada de esto?

TÍA MENOS.

De nada... Pero nos ha costao un trabajo...

ELVIRA.

¡Cuánto me alegro!... Y la capilla, ¿está preparada?

FELIPA.

A falta de encender.

TÍA MENOS.

Aquí tiene usted al sacristán del pueblo.

ELVIRA.

¿Sabe ya lo que tiene que hacer?

GERVASIO.

Mi especialidad.

ELVIRA.

Pues no pierda el tiempo... Vuele.

GERVASIO.

Volo... *Ego salutari,* señora... *(Inicia el mutis.)* Tenía razón Perico... ¡Qué cosas enseñan las señoras de Madrid!... ¡Qué legüis! *(Mutis a la capilla, dándose un trastazo en la puerta por ir mirando atrás.)*

PERICO.

(Entrando por el foro.) ¿Dónde dejo esto? *(Por una cesta de merienda y dos ramos grandes de flores que trae en la mano.)*

ELVIRA.

Da esa cesta a Ramona. Ahí traigo algunas cosillas para almorzar con ustedes. Lleva esas flores a la capilla y ponlas en los jarrones de barro. ¿Entiendes?

PERICO.

Compenetrao; sí, señora. *(Mutis a la capilla.)*

ELVIRA.

¡Qué alegría le vamos a dar al padre Patricio! Sólo siento que no esté hoy aquí el alcalde.

FELIPA.

Bueno está el tío Brocos... Creo que berrea.

TÍA MENOS.

Como que cuando recibió la contestación del señor obispo, se lió a patás con la mesa del secretario, con secretario y too, y no paró hasta romperle una pata a ca uno.

ELVIRA.

¿Sabe el padre que venía yo hoy?

TÍA MENOS.

No, señora; si se entera, cualquiera pué con él... Como que ya no hacía caso ni al señor médico... ¡Que quiero salir!... ¡Que ya estoy bien del too... ¡Mírele!... ¡Mírele!...

MOSÉN.

(Saliendo por la izquierda.) Ya decía yo que oía la voz de doña Elvira...

ELVIRA.

¿Creía usted que iba yo a faltar el primer día que el padre Patricio sale de su habitación?

MOSÉN.

Gracias, hija mía... Y perdona si te tuteo...; ¡soy tan viejo!...

ELVIRA.

Como que ya me estaba enfadando... Tutear a todos menos a mí...

MOSÉN.

Mejor... Así quedas contenta. ¿Y tu marido? ¿Ha vuelto ya de su viaje?

ELVIRA.

No... Todavía no ha vuelto... Venga, venga a su sillón.

MOSÉN.

(Al darse cuenta de la transformación de la casa.) Pero ¿qué es esto?... ¡Mi ermita! ¡Remozada! ¡Mi ermita! ¡Elvira!...

ELVIRA.

¡Esto no se lo esperaba nuestro enfermito!

MOSÉN.

¡Dios mío! ¡Estoy soñando!

TÍA MENOS.

¡No lo vaya a tomar mu a pecho y se nos ponga pior!...

FELIPA.

¿Y qué dice usted de la sotana?

MOSÉN.

¡La sotana! ¡Ah, pero...! ¡Ya decía yo que me había parecido!...

ELVIRA.

Es un regalo del Cristo. No ha querido ver una ermita tan bien arreglada con un sacerdote tan mal trajeado.

MOSÉN.

Sí... El me ha traído todo... Porque te trajo a ti, que eres un ángel.

ELVIRA.

No, no. Quien me trajo a mí fué la tormenta.

MOSÉN.

¡Y qué bonita está!... Parece un palacio... Déjame..., déjame que me ponga las gafas para verla mejor... *(Comienza a oírse la música de un órgano situado en la capilla.)* ¡¡Ah!!... *(Con pausas.)* ¡¡Qué es eso!!... Una música del cielo... ¡Son los ángeles! ¡La oís!... ¡La oís vosotros!

TÍA MENOS.

(Emocionada también.) ¡Alabado sea Dios! ¡Por fuerza estamos en la gloria!

MOSÉN.

Pero ¿no la oís vosotros?

FELIPA.

No la hemos de oír, padre...

MOSÉN.

¡Mi Cristo! ¡Mi capilla! ¡Dios mío!

ELVIRA.

Vaya, vaya. A que voy a salir yo también haciendo pucheros...

MOSÉN.

Voy... voy a verle...

ELVIRA.

Espere usted a que se tranquilice...

TÍA MENOS.

Sí, que tiene una temblaera...

MOSÉN.

No; si no me pasa nada... Si es que me está llamando... Quiero verlo... Déjame verlo...

PERICO.

(Que sale por la capilla y se deja las puertas abiertas.) ¡Siñor cura!

MOSÉN.

(Al fijarse en el interior.) ¡¡Oh!!... ¡Dios mío! ¡Dios santo!

ELVIRA.

Cójase de mi brazo...

MOSÉN.

¡Dios santo!... *(Mutis* ELVIRA, *llevándoselo del brazo.)*

TÍA MENOS.

¡Virgen santísima! ¡Si yo no l'había visto encendía!

FELIPA.

¡Mire cómo está el Cristo... con tantas flores!

PERICO.

Cualquiera lo conoce, ¿eh?

TÍA MENOS.

Si está hecho... una pochez...

FELIPA.

¡Agüela!

TÍA MENOS.

Es que ya se me están pegando los dichos de Perico. *(Entra en la capilla. Al ir a entrar* FELIPA, PERICO *la coge de un brazo y la detiene.)*

PERICO.

Ven acá..., Felipilla...

FELIPA.

¿Nosotros no entramos?

PERICO.

Luego. Que desde que he venido no hemos echao un párrafo a solas.

FELIPA.

Espérate que cierre la puerta.

PERICO.

¿Pa qué?

FELIPA.

Bueno eres tú pa hablar na más... Y está el Cristo delante...

PERICO.

Pero si lo sabe... Si nos conoce desde que hemos nacío y está conforme con too.

FELIPA.

Si ya lo sé. Pero, por sí o por no, déjame que cierre. *(Cierra.)*

PERICO.

Y ahora ¿me dejas que te dé un abrazo mu pequeño..., mu pequeño?...

FELIPA.

Si es... mu pequeño, mu pequeño...

SIMÓN.

(Por el foro, que oye lo último.) Antes de abrazaros, darme aunque na más sea que media copa, que estoy abrasao.

PERICO.

Pa eso te has podío ir a abrevar al arroyo. ¡So importuno!

SIMÓN.

¿Me has tomao por alguna rana? Es por una vez...

PERICO.

Pero con una condición: Con la de que agüeques en cuanto libes.

SIMÓN.

Si es que estorbo, me dais la botella y aluego os traeré el casco.

FELIPA.

¡Pa que digas lo que el otro día!... Que la habías gastao al hacer el friso...

SIMÓN.

Y sí que la gasté.

PERICO.

Bueno, toma. *(Saca de la alacena una botella con vino y le da una copa.)*

SIMÓN.

Vaya por la salud del primer hijo... *(Se la bebe y espera con el vaso que se lo llene otra vez.)*

PERICO.

¿Otra vez? *(Le llena otra vez el vaso.)*

SIMÓN.

(Bebiendo.) Vaya por la del segundo... *(Poniendo otra vez el vaso.)*

PERICO.

Pero, oye... ¿Cuántos hijos crees que vamos a tener nosotros?

SIMÓN.

Lo menos catorce... Y si no brindo por los demás, se van a criar mu esmirriaos...

PERICO.

(Cogiéndole por la blusa y empujándole hacia el foro.) ¡Ahueca!

SIMÓN.

¡Que es la última, de formalidad!

PERICO.

Bueno; pero en seguida estás en la carretera...

SIMÓN.

Descuida. (PERICO *va a echarle otra copa.)* Oye: ésta échamela doble, por si tenéis algunos gemelos...

PERICO.

Lo que te echo es a patás de aquí... ¡Arrea! *(Lo vuelve a empujar.)*

SIMÓN.

¡Hombre, que ésta es de parvulillo!

PERICO.

Te bebes la cal... *(Mutis de* SIMÓN, *empujado por Perico.)* ¡Qué pelmazo! Ya estamos solos... Mu peque-

ño, mu pequeño... *(Pausa. Cogiendo a* FELIPA *y abrazándola.)* ¿Me quieres mucho?

FELIPA.

¿Y tú a mí?

PERICO.

¡Que si te quiero!... *(Al ver a* ELVIRA, *que sale de la capilla.)* ¡La señorita!

FELIPA.

¡Qué vergüenza!...

ELVIRA.

Me suponía que estaríais aquí los dos juntos... Pero no tan juntos.

FELIPA.

Nos ha visto...

PERICO.

Señorita... Es que... La verdad... *(Sin saber qué decir.)* La estaba tomando medía de una toquilla...

ELVIRA.

Bueno, bueno. He dejado al padre Patricio con Ramona, porque necesitaba hablaros de algo muy importante. Claro es que él no ha de saber nada de esto...

PERICO.

Descuide usted. (ELVIRA *se sienta en el sillón.)*

ELVIRA.

Empezaré por deciros que las circunstancias de mi vida han variado de tal forma, que acaso dentro de muy poco saldré de Madrid.

PERICO.

¿Que se va usted?

ELVIRA.

Sí.

FELIPA.

¿Pero no la vamos a ver a usté más?

ELVIRA.

No lo sé.

PERICO.

¿Qué está usted diciendo?

FELIPA.

¡Santo Cristo!

ELVIRA.

Quizás pueda volver... Quizás no...

FELIPA.

No se marche usté... No nos abandone, señorita...

ELVIRA.

¡Si dependiera de mi voluntad! ¡Quién sabe si será un bien para todos!

PERICO.

Para usted, no lo sé... Pero pa nosotros... Pa los agüelos... Hasta pa el Cristo...

ELVIRA.

Un bien para todos. Para nosotros, porque aquí está vuestra vida... Una vida distinta a la que tú habías soñado, Perico... Creeme: vuestra felicidad está aquí... En este picacho de la sierra... Más cerca del cielo que esa ciudad que acabas de dejar... En este ambiente de paz..., de sencillez..., de bienestar... Si hubieras seguido conmigo en Madrid, ¿ibas a consentir que Felipa abandonara a estos pobres ancianitos, que tanto necesitan de sus cuidados?

PERICO.

Eso no, señora, que nosotros ya habíamos pensao en ello.

FELIPA.

Como que no nos casaríamos mientras ellos viviesen.

ELVIRA.

Ya lo ves. Vuestra ilusión la hacéis depender de su vida... Cuando ellos murieran, os casaríais vosotros... ¡Es demasiada crueldad! ¡Cuánto mejor es que con vuestra boda traigáis a la casa de estos pobres viejos vuestro cariño..., vuestro apoyo, para los pocos años

que han de vivir!... Que seáis una compensación a tantos sufrimientos como soportaron en el abandono que han llegado a verse.

PERICO.

Si yo lo comprendo. Si tiene usted razón. Pero figúrese lo que espera a la Felipa y a toos casándose con un hombre que no tiene otra cosa que guardar ovejas.

ELVIRA.

Felipa se casará con uno que sea algo más que pastor.

FELIPA.

¿Eh?

ELVIRA.

Si he comprado esta finca es para eso... Para que la cuidéis vosotros...; para que el pedazo de tierra donde está este Cristo sea mío..., sea vuestro...

PERICO.

¿Qué está usted diciendo?

FELIPA.

¡Señorita!

ELVIRA.

Y tendréis vuestra casa... Y el día que estos viejecitos mueran, este Cristo no se verá solo... Vosotros lo cuidaréis, aunque sólo sea en recuerdo de que aquí encontraste *(Por* FELIPA.) los seres queridos que te reco-

gieron..., donde se forjaron vuestros amores... Más adelante, si lo merecéis, la hacienda será vuestra.

PERICO.

¿Nuestra?

ELVIRA.

Vuestra.

FELIPA.

¡Eso no pué ser!

PERICO.

¡Nosotros amos!...

ELVIRA.

A menos que tú prefieras volver a Madrid a vender chuletas de huerta.

PERICO.

¿Quién, yo? ¡Películas! Lo primero que hacemos en la casa es poner una estampa iluminá con el retrato de usted y un letrero debajo que diga: "La señorita Elvira Ramos, que lavó la cara a esta ermita y despertó al Cristo de los Pinares, que estaba dormío, y desde entoces empezó a hacer más milagros que toos los Cristos juntos..." Y no la faltarán a usted las flores más bonitas..., ni el romero que huela mejor..., ni el cariño de too el contorno...

ELVIRA.

¿Ves cómo os iba a alegrar el que yo me marchase?...

PERICO.

Eso no, señora... Que si es por eso, vuelvo a mis ovejas más a gusto que antes...; ésta se mete monja..., yo m'hago fraile, y entre los dos cuidamos de la ermita y de sus alrededores. Anda, Felipa, dale un abrazo muy fuerte a la señorita, que enseguía te lo pagaré.

FELIPA.

Ya lo creo. *(Se abrazan.)*

TÍA MENOS.

(Que sale de la capilla sosteniendo a mosén Patricio.) ¡Que no, señor!... Aunque se enfade...

MOSÉN.

Déjame un poquito más...

TÍA MENOS.

¡Que está usted mu débil y le pué pasar algo! ¡Cuando esté más tranquilo!... Por na se cae del reclinatorio al suelo...

ELVIRA.

¿Sí? ¿A que al fin le hemos hecho pasar un mal rato?

MOSÉN.

Mal rato dices... Si ésta es la mayor alegría que he tenido en el mundo... Si le he pedido al Cristo que, si era un sueño, no me despertase de él nunca...

FELIPA.

¿Verdad que está muy bonito?

MOSÉN.

¡Que si está! ¿Te has fijado, Ramona, qué arañas más preciosas tiene a los lados?

PERICO.

No; si arañas ya tenía antes. Con tela de una vara.

ELVIRA.

¡Qué cosas tiene este Perico!...

MOSÉN.

¡Ji, ji, ji! No había yo caído en lo que has dicho... ¡Ji, ji, ji!...

TÍA MENOS.

Eso quiere decir que yo lo tenía antes hecho una suciedad.

PERICO.

No, agüela.

TÍA MENOS.

Sí, sí. Ahora que te lo aguanto na más que porque has hecho de reír al padre. ¿Te enteras?

ELVIRA.

Si ahora se va a estar riendo siempre, ¿verdad?

MOSÉN.

Lo que tú quieras, hija mía; lo que tú quieras... ¿Me dejas que...? No... No me atrevo... No me atrevo...

ELVIRA.

(Arrodillándose y presentándole la cara.) Y ahora ¿se atreve usted?

MOSÉN.

Sí... Sí me atrevo... Toma..., toma. *(Besándola en la frente.)* No sabía cómo darte las gracias por todas las bondades de tu alma. Ya te las he dado... ¿Verdad que tú lo has comprendido?

ELVIRA.

Sí, viejecito mío; si usted supiera con la emoción que recibo yo este beso.

MOSÉN.

¿Tú?

ELVIRA.

Usted no sabe el cariño tan grande que yo le tengo. Cuando estoy lejos de esta ermita..., ¡no sé cómo decirlo!..., tengo, sí, mis alegrías, mis ilusiones, mis ratos de felicidad... Pero entre estas paredes mi vida se transforma..., mi alma se siente de otra manera, mi... No, no sé explicarlo. Estoy tan alegre... Tan contenta...

MOSÉN.

¿De veras?

ELVIRA.

Hoy sobre todo. Quiero almorzar en el campo... En un pico muy alto... Con mucho sol..., muchas flores... Sentada en el suelo...

MOSÉN.

Sí, sí. Yo también quiero eso. Pero que me lleven una sillita... ¡Que tengo sotana nueva!

ELVIRA.

Pues voy a elegir ahora mismo sitio.

PERICO.

Pa eso sí que me pinto yo solo. Conozco la sierra piedra por piedra. Si usted quiere, la llevaré a la Fuente del Junco.

MOSÉN.

Verdad, verdad que es un sitio delicioso.

ELVIRA.

Pues anda, acompáñame.

MOSÉN.

Vete con Dios, diablillo... Y no tardes mucho...

ELVIRA.

En seguida estamos de vuelta. *(Mutis con* PERICO.)

GERVASIO.

(Que ha salido un poco antes.) Mosén Patricio, ya he apagado todo. No he dejado encendido más que las mariposas del altar.

MOSÉN.

Bien, bien.

TÍA MENOS.

(A Felipa.) Vamos nosotras a preparar los avíos... *(Mutis con* FELIPA *por la segunda izquierda.)*

GERVASIO.

¿Quiere usted, señor cura, que venga todos los días para el arreglo de la capilla?

MOSÉN.

No; yo te avisaré cuando hagas falta...

GERVASIO.

Si no me cuesta ningún trabajo...

MOSÉN.

Gracias..., gracias. *(Aparte.)* Este lo que busca son las propinas o el cepillo, si hay ocasión.

GERVASIO.

Entonces... Santa Romualda bendita le guarde a usted. *(Inicia el mutis.)*

MOSÉN.

Santa Romualda... Oye, ¿por qué me has confiado a esa santa?

GERVASIO.

Soy devoto de ella, en desagravio de una ofensa que hice en cierta ocasión a la mujer del panadero, que se llama así. Y eso que bien pronto lo purgué... A las pocas horas me rompió la cabeza.

MOSÉN.

Sería un aviso de Dios...

GERVASIO.

No, señor. Fué un estacazo del marido.

MOSÉN.

¿Del panadero?

GERVASIO.

Sí, señor. Me hizo un bollo que me duró tres semanas.

MOSÉN.

Pues aplícalo a las Animas benditas.

GERVASIO.

Qué, ¿el bollo?

MOSÉN.

No, hombre... La expiación de tu falta.

GERVASIO.

Así lo haré. Hasta mañana.

MOSÉN.

Anda con Dios. *(Mutis* GERVASIO.) Yo creo, y el Señor me perdone, que este Gervasio es un granuja... En fin, con tantas alegrías he abandonado hoy por completo mis oraciones. *(Saca un libro de misa y se pone*

las gafas.) Y eso que Dios no me las tendrá en cuenta. Se me va a ir la devoción pensando en... Estoy más contento... *(Empieza a rezar por lo bajo. Pausa. Mientras reza el cura,* SIMÓN *se asoma por el foro. Entra sigilosamente y se echa tres o cuatro copas de vino de la botella que dejó antes* PERICO *encima de la mesa que hay cerca de la puerta.* MOSÉN PATRICIO *hace como que no se entera.)* In secula, secolorum... Amén... Oye, Simón, ¿quieres dejar algo para la cena?

SIMÓN.

¡Rediez! ¡Vaya un oído que se trae usted. ¡Si no he bebido más que media copa!...

MOSÉN.

Por el ruido que ha hecho la botella al dar con el vaso, he contado lo menos ocho.

SIMÓN.

Si es que estoy temblaero...

MOSÉN.

Porque no has entrado aquí como debías... Noblemente... Yo no te hubiera negado que te bebieras una copa de vino...

SIMÓN.

Pero me hubiera usted negado que me tomara cuatro...

MOSÉN.

¿Lo ves? En fin, ya..., ¡que te aprovechen!...

SIMÓN.

Muchas gracias... Hasta la tarde. *(Mutis. Sigue rezando el* MOSÉN. *Aparece* ENRIQUE *por el foro, y se queda un rato mirando al interior de la capilla.)*

ENRIQUE.

¿Se puede, padre Patricio?

MOSÉN.

Adelante. ¡Ah, don Enrique!

ENRIQUE.

No, no se mueva usted. ¿Cómo se encuentra?

MOSÉN.

Ya estoy bien... Pero ¿cómo es esto? Si creíamos que estaba usted en... Voy a llamar a Elvira...

ENRIQUE.

Está aquí, ¿verdad?

MOSÉN.

Si no sé cómo no se la ha encontrado... Hace un instante ha salido para la sierra. No se habrá separado mucho.

ENRIQUE.

¿Pero ha de volver?

MOSÉN.

Claro. Si pensábamos almorzar reunidos...

ENRIQUE.

Entonces, déjela usted. ¿A qué privarla de ese paseo?...

MOSÉN.

Como usted quiera. *(Pausa.)* ¡Vaya con don Enrique! ¡Qué sorpresa tan agradable! Ahora sí que me voy a vengar yo de la que me ha dado su esposa. ¿No se ha fijado usted en lo transformado que está esto?

ENRIQUE.

Eso estoy mirando.

MOSÉN.

Pues, sin decirme nada, Elvira hizo esta obra mientras estuve enfermo. Aquel Cristo pobre que usted visitó la tarde bendita que aquí entraron, se eleva ahora en un altar que es un encanto.

ENRIQUE.

¿De modo que Elvira es la que ha dirigido todo esto?

MOSÉN.

Sí... Ella. Ella sólo. Casi todos los días ha venido desde que usted se fué... Me ha cuidado con el cariño de una hija. A ella la debo el haber salvado esta vida, que ya sirve para tan poco, pero que la dedicaré por completo a pedir al cielo bendiciones para ustedes.

ENRIQUE.

Para Elvira. Yo nada he hecho.

MOSÉN.

Para los dos. Yo quisiera convencerles que mi agradecimiento no se funda en este bienestar que la caridad de usted trajo a mi humilde casa. Existe algo más que el aprecio de un puñado de pesetas. La limosna que mi mano recibió partió del corazón de dos seres llenos de piedad. De un hombre que, acaso en los momentos de su mayor dicha, dedicó junto a su esposa un recuerdo para este pobre viejo... Y de una mujer...

ENRIQUE.

¡No, no, padre Patricio! Yo no merezco esas palabras. Usted parte de un error, del que necesariamente tengo yo que sacarle. Elvira... no es mi mujer.

MOSÉN.

¡Cómo! ¡Que Elvira...! ¡Ah!

ENRIQUE.

Tampoco. Elvira es buena.

MOSÉN.

(Hablando consigo mismo.) ¡Que Elvira no es su mujer!

ENRIQUE.

No, padre Patricio. Elvira es... una artista de teatro... Una de las que llaman estrella de varietés... Una cupletista, para que usted lo comprenda mejor.

MOSÉN.

¡Una cupletista!

ENRIQUE.

Sí. ¡Pero, vamos, no es una artista como las que usted cree! Elvira tiene una fortuna, pero ganada honradamente.

MOSÉN.

¡Pues claro que honradamente! ¡No faltaba más!

ENRIQUE.

Y le advierto a usted que esto tiene tanto más mérito cuanto que es una mujer que, al hacerla los públicos su artista predilecta, se ve rodeada de hombres que van a ofrecerla joyas, riquezas, todo cuanto desee, a cambio de algo que codician. Unos, por capricho; otros, por vanidad, que de todo hay.

MOSÉN.

¡Infames! *(Pausa.)*

ENRIQUE.

Bueno. Pues uno de esos hombres soy yo.

MOSÉN.

¡Usted!

ENRIQUE.

Sí. Pero no se preocupe por lo que acaba de llamarme. Probablemente, tendrá usted que decirme algo peor.

MOSÉN.

Dispense usted.

ENRIQUE.

En lo único que me diferencié de los demás fué que, al acercarme a Elvira, me dí cuenta en el acto de que no era una mujer como otras que traté antes que a ella. A ésta había que ganarle el corazón con algo más que con billetes de Banco. Entonces la ofrecí mi amistad sincera, que ella aceptó sin reservas de ninguna clase.

MOSÉN.

Preparándola sus redes, ¿no es eso?

ENRIQUE.

¿Ve usted cómo me iba a llamar algo peor que lo de antes?

MOSÉN.

¡Pobre hija mía!

ENRIQUE.

Pronto descubrí todo lo buena que era Elvira... Todas las delicadezas de su alma... Y... empecé a quererla.

MOSÉN.

A quererla a su modo...

ENRIQUE.

No; no, padre. Como ella se merecía, o cuando menos, como yo no había querido nunca. Por entonces fué cuando vinimos a esta ermita; y aquí comienza lo interesante de mi confesión. Cuando salimos de esta casa,

Elvira me pidió emocionadísima que trabajase cerca del obispo para que no le quitasen a usted su imagen. El asunto era para mí tan sencillo, que a la mañana siguiente estaba ya resuelto; pero en mi afán de hacer méritos, la pinté grandes dificultades y, lo que fué peor, la convencí de que, caso de ser posible, sólo yo podía conseguirlo.

MOSÉN.

¡Cómo!... No, no entiendo eso.

ENRIQUE.

Lo entenderá usted mejor cuando conozca esta carta, que recibí cuarenta y ocho horas más tarde: "El Cristo no se moverá de la ermita. Acepto tus condiciones.—Elvira."

MOSÉN.

¡Oh! ¡Elvira!... ¡Se ha impuesto ese sacrificio! ¡Y usted! ¡Mise...!

ENRIQUE.

Sí, padre... Sí... Acabe la frase... Ande, dígalo.

MOSÉN.

Sí, señor, que lo digo... ¡Miserable!

ENRIQUE.

Bueno; pues ahora cálmese, que ya pasó la parte más odiosa de lo que tenía que decirle.

MOSÉN.

Pero usted ¿qué hizo cuando recibió esa carta?

ENRIQUE.

Enviarla el documento del Obispado, pero sin una letra de contestación... No sabía qué decirla...

MOSÉN.

Y después..., y después...

ENRIQUE.

Tranquilícese usted. No he vuelto a ver a Elvira. Sin embargo, no le negaré a usted que, en medio de mi arrepentimiento, tuve la duda de si la actitud y la carta de Elvira no sería alguna maniobra puesta en juego por ella para... ¡Qué sé yo! ¡Para alguna finalidad!

MOSÉN.

¿En tan poco tiene usted a ese ángel?

ENRIQUE.

No es eso. Es que en ese mundo que yo vivo, y que usted no conoce, esas cosas son lo corriente. Lo raro es el caso de Elvira. Pero, en fin, equivocado o no, era preciso saber a qué atenerme; y después de una lucha de varios días, decidí esta mañana ir a casa de Elvira. Me dijeron que estaba aquí, y vine, sin saber casi para qué. Si he de serle a usted franco, tenía la pretensión de conservar siquiera aquella encantadora amistad. Pero después de lo que usted me ha descubierto, desisto de todo. Aunque le parezca extraño, abandono esta aventura, porque quiero a Elvira demasiado.

MOSÉN.

Pues si tanto la quiere... Y la cree buena...

ENRIQUE.

No; no, padre. Casarme no es posible.

MOSÉN.

¿Acaso no es usted soltero?

ENRIQUE.

Sí; pero... *(Levantándose.)* Tome. Dé a Elvira esta carta y pídala perdón en mi nombre.

MOSÉN.

¿No va usted a esperarla?

ENRIQUE.

No; me marcho ahora mismo. Es lo mejor, padre. Si acaso alguna vez me necesitara, aquí tiene mi dirección. *(Le da una tarjeta.)*

MOSÉN.

(Leyendo.) El marqués de Torresola.

ENRIQUE.

Adiós, padre. No me guarde rencor por mi conducta para con Elvira. Después de todo, por mí vino a esta ermita y aquí la dejo. Quiérala mucho... Se lo merece...

MOSÉN.

Dios le proteja.

ELVIRA.

(Entrando.) Ya estoy de vuelta... ¡Caramba, Enrique! ¡Tú por aquí!

ENRIQUE.

Sí... Aquí me tienes...

ELVIRA.

Me pareció ver tu auto en la carretera.

MOSÉN.

Ha venido para admirar tu obra.

ELVIRA.

Te habrá parecido ridícula, ¿verdad?

ENRIQUE.

Al contrario. La he admirado y te he admirado a ti.

MOSÉN.

Sólo le falta visitar la capilla. Voy a encender las luces para que la vea mejor. Esperadme un momento. *(Aparte.)* Es conveniente que se despidan. *(Mutis a la capilla.* ELVIRA *pasa a sentarse en el sillón, sin mirar a* ENRIQUE. *Este le tiende la mano.)*

ENRIQUE.

Adiós, Elvira. *(Pausa.)* ¿No quieres estrechar mi mano? Esta vez es de amigo leal... Es nuestra separación definitiva.

ELVIRA.

¡Farsante!

ENRIQUE.

No, Elvira. Ahora no soy un farsante. Soy el hombre que, avergonzado de lo que ha hecho, va a darte una compensación noble. Mañana salgo para el extranjero, donde estaré bastante tiempo. Cuando regrese, te prometo que haré lo posible para que no nos veamos más.

ELVIRA.

Puedes quedarte en Madrid... No corres ningún peligro.

ENRIQUE.

Yo, no; pero tú, sí.

ELVIRA.

¿Yo? ¡Ja, ja, ja! ¿Y para prevenirme contra ese peligro has venido de Madrid tan temprano?

ENRIQUE.

No; para prevenirte contra ese peligro, que yo te señalaré con tanta crudeza, voy a emprender un viaje, que algún día me agradecerás.

ELVIRA.

¡Vaya, hombre! Pues te lo agradezco por anticipado.

ENRIQUE.

Es decir, a menos que la farsante seas tú... Que todo lo que significas en esta ermita sea una mentira... Que la intangibilidad de tu honra tenga por condición...

ELVIRA.

¡Canalla!

ENRIQUE.

¿Lo ves, Elvira? ¿Ves cómo mi determinación merece algo más que esas burlas, que después de todo las estarás fingiendo? Mira: entre nosotros existe una verdad que no podemos disfrazarla... Nos queremos mucho... *(Elvira le mira con ironía.)* Sí, Elvira, mucho. Yo te quiero con toda mi alma... Pero te quiero como tú me has enseñado: con algo de romanticismo... Y eso lo sabes tú, como yo sé, porque tú me lo has dicho, que soy el único hombre que has querido en el mundo.

ELVIRA.

¡Que he querido!...

ENRIQUE.

Y me quieres, a qué negarlo... Y me seguirías queriendo si continuara cerca de ti. Porque en cuanto pasen estos momentos, en que estás bajo la impresión de este disgusto, te convencerías de que no has sufrido decepción ninguna al juzgarme.

ELVIRA.

¡Que no he sufrido decepción!

ENRIQUE.

Claro que si me creíste el hombre ideal, no lo soy. Pero, incluso en el fundamento de esta ruptura, piensa un poco y verás que el agravio que ahora te indigna lo estás sufriendo desde el principio de nuestros amores.

Tú has podido comprender, y no te ofendas por lo que te voy a decir, que mi puesto en la sociedad me obliga a llevar a mi matrimonio una mujer que no será tan buena como tú; que no valdrá lo que tú vales; que no se lo merecerá como tú lo mereces... Pero que no podía pensar en ti.

ELVIRA.

He sido una soñadora... Tienes razón.

ENRIQUE.

¡Ah!... ¿Pero creíste eso?... ¡Entonces, sí! Perdóname, Elvira... Soy quizás un cobarde... ¡No merezco ese cariño tuyo! *(Cogiéndola una mano.)* En este momento de la vida, acaso el último en que estemos juntos, créeme sincero. *(Se la besa.)* Adiós, Elvira... Te querré siempre... *(Mutis foro.)*

ELVIRA.

(Después de una pausa.) ¡No!... ¡Marcharse, no! ¡Quiero verle!... ¡Verle!... ¡Enrique! *(Dirigiéndose al foro.)*

MOSÉN.

(Que ha entrado y oye la última frase.) ¡¡Elvira!! *(Elvira se detiene. Ve al* MOSÉN, *y cae en sus brazos, llorando.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

EPÍLOGO

La misma decoración del acto segundo. La escena, vacía. Al foro, tras de la puerta, Elvira, Patricio, Felipa, Ramona. Todos aparecen mirando a una campana que se supone colocada sobre la capilla y que se oye al levantarse el telón. Pausa. Deja de tocar la campana y entran todos.

ESCENA PRIMERA

ELVIRA.

¿Yo creo que la oirán bien desde el pueblo?

MOSÉN.

¡No han de oírla! Y en muchos kilómetros a la redonda.

PERICO.

(Entrando por la derecha.) ¿Qué tal? Me parece que la he volteado bien...

TÍA MENOS.

¡¡Como que m'has dejao medio sorda!

MOSÉN.

No lo has hecho mal; pero no te alabes mucho. Lo difícil es voltear a brazo las campanas grandes de la torre. ¡Y si me hubieras conocido a mí cuando era mozalbete!... Iba la gente a verme el Sábado de Gloria.

FELIPA.

Pero también pa tirar de la cuerda a tiempo se necesita habiliá.

PERICO.

Pues esto no ha sío más que pa la prueba. ¡Que verás mañana! En cuanto que aparezca el señor obispo por lo alto de la cuesta va a parecer un molinillo.

TÍA MENOS.

¿Un molinillo el señor obispo?

PERICO.

¡Anda la agüela! ¡La campana!

MOSÉN.

¡Y qué sonido más bonito tiene!

ELVIRA.

Buen día se nos presenta mañana, ¿verdad, Ramona?

TÍA MENOS.

¡Calle usted, señorita! ¡Quién no se alegra de una cosa así! Pero está una tan acobardá, que sólo pensar que el señor obispo va a comer en la casa...

ELVIRA.

¿Pero no la he dicho que vendrá cocinero, servicio de mesa, de todo? Ni siquiera del fregado de los platos tendrá usted que ocuparse.

MOSÉN.

Y ten cuidado cuando hables con su ilustrísima, no vayas a soltarle alguna de esas palabrotas que me sueltas a mí.

TÍA MENOS.

¿Yo hablarle al señor obispo? Calle... calle...

ELVIRA.

¡Ah! Ya lo creo. Y le vamos a sentar a la mesa a su lado.

TÍA MENOS.

¡No, no! ¡A mí no! ¡Reporra!

PERICO.

Sí, agüela. Y en cuanto se tome usted confianza con él le cuenta lo de aquel cabo de la Guardia civil, que se disfrazaba de fantasma pa ir a verla a usted.

ELVIRA.

¡Ja, ja, ja! ¿Pero es verdad eso?

MOSÉN.

¡Ji, ji, ji! Sí que es verdad... Sí que es verdad.

TÍA MENOS.

Pero no se crea que pa na malo..., que era pa asustarme.

PERICO.

Pues claro que pa asustarla. ¿Pa qué iba a ser?

GERVASIO.

(Entrando por el foro.) ¡Buenas y muy benditas tengan ustedes!

ELVIRA.

Hola, Gervasio. ¿Cómo van esos preparativos?

GERVASIO.

Muy bien, señorita. A eso he subido; para enterar a don Patricio.

MOSÉN.

¿Y el señor párroco?

GERVASIO.

Vendrá esta tarde. Ya están avisados los sacerdotes de todo el contorno, y algunos dormirán hoy en el pueblo.

MOSÉN.

¿Llevaste la invitación al alcalde?

GERVASIO.

Se la mandé con el peatón, con un sello de quince.

MOSÉN.

¿Pero no te dije que la llevaras tú mismo, y que aguardases la contestación?

GERVASIO.

Sí; pero usted no sabe la contestación que da el tío Brocos en cuanto se le habla de la ermita. Tiene señalados a la mitad de los miembros del Municipio.

ELVIRA.

Es que ahora no se trata sólo de la ermita. Es que viene el señor obispo, y él es la primera autoridad del pueblo.

TÍA MENOS.

Eso no es autoridad, señorita. Eso es una acémila, dicho sea sin ánimo de ofender a las que están amarradas a un pesebre.

MOSÉN.

¿Y cómo nos enteramos si viene o no?

GERVASIO.

Si ya me he enterado. Mandé a un monaguillo antes de venir aquí, y le dijo el tío Brocos... que nos fuéramos todos a tirar vencejos.

TÍA MENOS.

¡Qué animal!

MOSÉN.

¿Y no vendrá siquiera una representación del Ayuntamiento?

GERVASIO.

Ha dicho que si viene alguno a nombre del Concejo lo descascarilla.

FELIPA.

Pues ni falta que hace. Mejor estamos solos.

GERVASIO.

¿Solos? Menudo jaleo hay en el pueblo. Mañana viene aquí la mitad de la provincia.

ELVIRA.

¡Ah! ¿Sí?...

GERVASIO.

Sí, señora. Como que por todas partes no se oye hablar más que de la fiesta de la romería, que hace tiempo no hay. Hasta volverán a venderse este año las rosquillas del Cristo.

ELVIRA.

¡Ah! *(A* FELIPA.) ¿Son esas las rosquillas que me ibas a enseñar a hacer?

FELIPA.

Sí, señora; esas son.

MOSÉN.

¿Vais también vosotras a hacer las rosquillas?

ELVIRA.

Ya lo creo. Y mañana se las ponemos de postre al señor obispo.

MOSÉN.

Le gustarán... Le gustarán.

ELVIRA.

¿Y cuándo las hacemos?

FELIPA.

Ya está too preparao pa cuando usted guste.

ELVIRA.

¡Ah, pues ahora mismo!

SIMÓN.

(Por el foro. Viene con una tajada *que ni de sandía.)* Muy... buenas... ¿Qué pasa?

MOSÉN.

¿Que qué pasa?

SIMÓN.

¿No estaban tocando aquí a *arrebato?*

ELVIRA.

¡Ja, ja, ja!

PERICO.

¡Si estábamos probando la campana nueva!

SIMÓN.

¿Rediez! ¡Pues no me he dao carrera ni na! ¡Y hay que ver!... ¡Con lo empiná que está la cuesta hoy!

TÍA MENOS.

Lo que hay que ver es lo que has empinao tú...

PERICO.

¡Camará! ¡Vaya una cogorza!

MOSÉN.

Pero Simón... ¿Otra vez?

SIMÓN.

No, señor... Si es la misma de anoche.

ELVIRA.

¿Y no le da a usted vergüenza presentarse aquí borracho?

SIMÓN.

No... Si borracho..., lo que se dice borracho..., no estoy. Estoy un poco... oscilatorio, nada más.

ELVIRA.

¿Oscilatorio, eh? ¿Y no me dijo usted que no abusaría más del vino?

SIMÓN.

Si es el vino el que abusa de mí... Créalo usté.

MOSÉN.

¡Desgraciado! Puede ese vicio más en ti que el cariño de tus hijos y el de tu mujer.

SIMÓN.

No me acerole usté, señor cura. Es que anoche hemos estao velando en ca Rufino.

TÍA MENOS.

¿Se las ha liao alguien?

SIMÓN.

Se lió una partida de tute que quitaba la cabeza.

MOSÉN.

¡Qué te parece!

SIMÓN.

Pero yo ya me marchaba a casa, señor cura. Fué éste el que tuvo la culpa. *(Por* GERVASIO.)

GERVASIO.

¿Yo?

SIMÓN.

Pues a ver quién me dijo a mí lo del clarete... *Episcoparum consumáceo.*

GERVASIO.

¡Santa Dorotea bendita!

ELVIRA.

¿Pero es verdad eso, Gervasio?

GERVASIO.

¿Van a dar ustedes crédito a lo que diga un beodo?

SIMÓN.

¡Hombre!... Yo seré un beodo; pero tú... tú eres un semilar.

MOSÉN.

Anda, Simón; anda. Vete ahora mismo a tu casa, y cuando estés más tranquilo, yo te diré lo que hace al caso.

SIMÓN.

¿A mi casa? Pues si me tropiezo con mi señora en este estado displicente..., mañana me va a ver el obispo lleno de cardenales.

MOSÉN.

Acompáñale, Gervasio.

SIMÓN.

¡Que este me mete en una tasca!... ¡Que lo conozco yo mejor que usté!

GERVASIO.

(Aparte.) Lo que te voy a meter es un puñetazo en la boca del estómago que te vas a quedar sin respiración.

SIMÓN.

Bueno; pues vamos... Y ustedes disimulen.

MOSÉN.

Vete con Dios.

GERVASIO.

(Iniciando el mutis.) Hasta la tarde.

SIMÓN.

Vóime con este. *(A* GERVASIO.) Oye; nos tomaremos media copita en el ventorro de Santa Lucía. *(Mutis los dos.)*

PERICO.

Este no llega a su casa ni al toque de oración de la tarde.

MOSÉN.

No; Gervasio no le permitirá detenerse en ninguna parte.

ELVIRA.

Este está graciosísimo con lo del... oscilatorio.

TÍA MENOS.

Le da por ahí; y por ponerse más pegajoso que la liga; sobre tóo cuando está entre mozas. ¡Pero si viera usted las puñalás que aquí se han dao a cuenta del vino?

ELVIRA.

¡Ay, qué miedo! ¡Calle usted! Anda, Felipa; vamos a hacer las rosquillas.

FELIPA.

Se va usted a poner perdida con el humo. *(Mutis los tres por la segunda izquierda.)*

MOSÉN.

Oye, Perico. Ven acá; acércate.

PERICO.

¿Qué pasa?

MOSÉN.

No pasa nada. Es una advertencia que te voy a hacer. Mañana, cuando esté aquí el señor obispo, procura no prodigar esas frases que has aprendido en Madrid.

PERICO.

¿Es que son pecaos?

MOSÉN.

Pecados precisamente, no. Eso de "anda la Osa", "la vértiga", "toma tripita", tiene gracia... Se reiría... Pero... ¡vamos! De todos modos, no te metas con la Osa ni con la tripita.

ENRIQUE.

(Por el foro.) ¿Se puede?

PERICO.

¡Anda, el señorito Enrique!

MOSÉN.

¡Cómo! ¡Pero usted aquí. *(Levantándose.)*

ENRIQUE.

(Muy jovial.) Aquí me tiene usted otra vez.

MOSÉN.

(Alarmado.) ¿Y a qué ha venido?

ENRIQUE.

Puede usted suponérselo... ¿Dónde está Elvira?

MOSÉN.

Perico. Has el favor de bajar al pueblo y...

PERICO.

Entendío. Y no subo hasta dentro de un rato, que haya usté hablao con el señorito... Es decir, que estorbo. Me voy... *(Mutis por el foro. Pausa.)*

MOSÉN.

Y ahora que estamos solos: márchese usted, don Enrique.

ENRIQUE.

¡Cómo que me marche!...

MOSÉN.

¡No esté ni un momento más en esta casa!

ENRIQUE.

Pero ¿cree usted que voy a hacer un viaje desde París a esta ermita para que me echen así?

MOSÉN.

No es que le eche; le suplico nada más que se marche... por lo que más quiera en el mundo.

ENRIQUE.

El caso es que lo que más quiero en el mundo es a Elvira, y para hablar de ella he venido precisamente aquí.

MOSÉN.

No es posible...

ENRIQUE.

¡No ha de serlo! Verá usted cómo sí. ¡Ande, siéntese! *(Sentándole, y sentándose después al lado opuesto de la mesa.)*

MOSÉN.

¡Por Dios, don Enrique!

ENRIQUE.

¡Siéntese!... ¡Siéntese!... Usted se ha asustado al verme porque, ¡claro! después de aquella confesión que le hice, me debe usted tener en un concepto bastante mediano. ¿Verdad?

MOSÉN.

¡No!...

ENRIQUE.

¿Cómo que no? ¿No le ha dicho a usted Elvira?...

MOSÉN.

No hemos vuelto a hablar de usted nunca.

ENRIQUE.

Entonces ya no me extraña que se me quiera echar. Lo menos que se habrá usted creído es que he vuelto para reanudar aquella aventura que renuncié delante de usted.

MOSÉN.

¿No viene usted a eso?

ENRIQUE.

(Acariciándole la mano.) No, padre. No vengo a lo que usted se figura. Vengo, porque en esta temporada que estuve lejos de Elvira me convencí que sin ella no

podría vivir... Que ella lo era todo para mí... Que yo no tenía derecho a romper unos amores que los he formado yo... Que nadie puede apreciarlo más que yo.

MOSÉN.

Entonces... ¡Entonces viene usted!...

ENRIQUE.

Sí, padre. A eso... A que este viejecito, que tanto quiere también a Elvira, se revista un día con sus sagrados ornamentos, y en esta ermita..., y ante este Cristo para el cual vive, bendiga nuestra unión...

MOSÉN.

(Emocionado.) ¡Enrique!... ¡Pero, Enrique!... ¿No me engaña usted?

ENRIQUE.

¿Tan malvado me cree usted, padre?

MOSÉN.

¡No, hijo mío! ¡Si te creo! ¡Si ya lo sabía yo! ¡Si tenía que ser así!

ENRIQUE.

¿Y ahora, me echa usted?

MOSÉN.

No; ahora no te echo. Y además te invito para mañana, que es la fiesta del Cristo.

ENRIQUE.

¡Ah! ¿Sí?

MOSÉN.

Y que este año será una fiesta preciosa.

ENRIQUE.

Vendrá Elvira...

MOSÉN.

¿Tienes muchas ganas de verla?

ENRIQUE.

¡Imagínese! ¡Hace tanto tiempo que no he vuelto a saber de ella! Para eso he venido apenas llegué a Madrid. Para que usted me diga dónde podré encontrarla... Porque usted sabrá dónde está.

MOSÉN.

Sí, sí que lo sé. Hace bien poco he tenido noticias suyas. Espera..., espera un momento, que te traeré esas noticias...

ENRIQUE.

Pero está muy lejos...

MOSÉN.

Espera..., espera. Ahora te enterarás... Salgo en seguida... *(Hace mutis por la segunda izquierda.)*

ENRIQUE.

¡Ande, sí! *(Pequeña pausa.)* ¿De modo que Elvira no ha hablado de mí en todo este tiempo?... Lo creo porque me lo dice el padre Patricio... Que si no... Por más que ella es muy capaz... En fin. Ya veremos...

ELVIRA.

(Saliendo por la segunda izquierda.) ¡Enrique!

ENRIQUE.

¡Mi vida!

ELVIRA.

Pero ¿eres tú?

ENRIQUE.

Ya lo ves. *(Ofreciéndole la mano.)* ¿Cómo estás?

ELVIRA.

Perdona que no te dé la mano. Me he metido a hacer rosquillas, y ya ves cómo las tengo de harina... ¡Anda, siéntate. *(Se sienta* ELVIRA *en el sillón, y* ENRIQUE *al otro lado de la mesa. Pausa.)* ¡Caramba con Enrique! ¿Y cómo otra vez por aquí?

ENRIQUE.

Puedes suponértelo.

ELVIRA.

¿Te fué mal en tu excursión?

ENRIQUE.

No es que me haya ido mal precisamente. Pero...

ELVIRA.

Supongo que alguna vez te habrás acordado de mí, ¿eh?

ENRIQUE.

Acordarme, no. Has vivido constantemente a mi lado. Me has acompañado en mis excursiones..., en mis paseos... Eras mi pensamiento fijo, en una mezcla de remordimiento..., de cariño..., de pena... Algo que me parecía una acusación, que sólo podía redimirse dedicándote cuanto soy. Por eso he venido, Elvira de mi alma. Para pedirte perdón; para que olvides lo que en este mismo sitio pude decirte en un momento de estupidez, que yo sabré borrar si usted quiere.

ELVIRA.

(Dando un suspiro de satisfacción después de una pausa.) Tienes mi perdón, Enrique, pero nada más.

ENRIQUE.

Cómo, cómo. No te entiendo.

ELVIRA.

Te confieso que aquella escena de nuestra separación me hizo sufrir horriblemente. No eran sólo las ideas que me había forjado: fué una mortificación de mi amor propio de mujer lo que padeció allí. ¡Si vieras cuánto lloré! Pero de rabia... Yo creo que de celos...

ENRIQUE.

¡Pobrecilla!

ELVIRA.

Pero después comprendí que tenías razón. Mejor dicho, me convenció la fe absoluta que yo tenía en ti, y que me hacía razonar diciendo: "Si Enrique, que tanto me quiere; que sabe lo que yo soy; que conoce el fondo de mi alma, no puede casarse conmigo, es que tampoco puedo ser dignamente la mujer de un hombre honrado.

ENRIQUE.

¡No, Elvira, no es eso!

ELVIRA.

Sí, sí, Enrique. Desengáñate. Si el hecho de ser yo una artista constituía un obstáculo para ti, lo mismo tenía que constituírlo para un abogado, para un militar, para un obrero, para todos...

ENRIQUE.

Bien; pues no lo niego. No tengo defensa. Por eso empecé pidiéndote perdón. Porque yo...

ELVIRA.

No. Si por eso no tengo que perdonarte de nada. Has venido porque me sigues queriendo; porque quizá me quieras más que antes; porque en este momento estás dispuesto a poner ese cariño por encima de todo... ¡Y esto no es posible, Enrique! Yo te lo agradezco mucho...

ENRIQUE.

Pero... Vamos a ver. Esa negativa tuya, ¿a qué obedece? ¿Qué impide nuestro matrimonio? ¿Que ya no eres para mí la de antes? ¿Es que, efectivamente, ya no me quieres?

ELVIRA.

¡Mucho! ¿Por qué voy a negártelo? Pero precisamente porque te quiero como nadie podría quererte es por lo que yo no puedo aceptar tu sacrificio. Lo que me dijiste aquella tarde era una realidad que ahora comprendo muy bien. Si me hicieras marquesa (DON PATRICIO, *desde la puerta, oye; pero dentro, sin ser visto.),* si pusieras tu corona sobre la frente de la que fué una pobre artista, tendrías el desprecio de todos, el desprecio de los tuyos... Y cuando, más adelante, te dieras cuenta de que era yo el motivo de esa repulsa que la sociedad te hiciera, acabarías hasta por maldecirme. ¡Y con razón! ¡No, no, Enrique! Ahora soy yo la que te pide..., la que te suplica que vuelvas a tu vida de antes... A tu mundo. No te preocupes de mí. Entre estas gentes que casi me veneran, yo viviré con sus alegrías y con sus penas, y seguramente tendré mis ratos de felicidad.

MOSÉN.

(Para sí.) ¡Es una santa..., una santa!

ENRIQUE.

¿Y sólo por miedo a los demás quieres negarte a ser mi mujer?

ELVIRA.

A los demás, y a ti.

ENRIQUE.

¡A mí! No, Elvira. No me juzgues tan mal. No soy tan irreflexivo que atienda sólo a una fascinación de momento, olvidando el mañana. Soy el hombre consciente en absoluto de lo que hace, y que sabiendo que su felicidad eres tú, viene a buscarte sin preocupación de ninguna clase. Sin contar con que tengo la evidencia de que la sociedad, con todos sus defectos, tiene un corazón muy grande, y acabará por quererte como todo el que se acerca a ti.

MOSÉN.

(Avanzando.) Pues ya lo creo que la querrán... ¡No faltaba más! ¡Y si no te quisieran, ya iría yo a decirles: "¡Ni falta que hace!" Que si a ti te quiere este Cristo y te quiere tu marido, a ver quién puede decir otro tanto!

ELVIRA.

No, no. Es una locura.

ENRIQUE.

¡Padre! Ayude usted a convencerla.

MOSÉN.

¡A convencerla! ¡Ji, ji, ji! ¡Anda! Habla tú solo y la convencerás más pronto que yo. Ya me haré el distraído. *(Pasa por donde está* ELVIRA *y la da un beso en la frente.)* ¡No te lo merecías por el susto que me has dado!

ELVIRA.

¡Padre mío!

MOSÉN.

(Haciendo signos de imponerla silencio.) Cuéntaselo a él. ¡Ji, ji, ji!

ENRIQUE.

¡Elvira!

TÍA MENOS.

(Entrando.) ¿Está por ahí Perico?

MOSÉN.

¿Adónde vas tú?

TÍA MENOS.

¿No se lo estoy diciendo a usted?

MOSÉN.

A curiosear es a lo que has venido.

TÍA MENOS.

Pero ¿es que había que enterarse aquí de algo?

MOSÉN.

De nada. ¡Anda! Ponte un pañuelo, que vas a entrar conmigo en la capilla.

TÍA MENOS.

¡Eso es! ¡Y el puchero, que se pegue!

MOSÉN.

¡Obedece y calla!

TÍA MENOS.

Si no tengo pañuelo...

MOSÉN.

Echate aunque sea la falda por la cabeza.

TÍA MENOS.

¡Pues sí que va a ver el Cristo un cuadro!... ¡Que tampoco tengo enaguas!...

MOSÉN.

¡No! No mires para allá. *(Por el grupo de* ELVIRA y ENRIQUE, *que estarán en segundo término muy amartelados.)*

TÍA MENOS.

¡Reboliches! Con lo que salimos ahora...

MOSÉN.

Déjalos..., déjalos... Y cuando estén solos, cuídate de que no los moleste nadie... De esos amores no temas nada... Tienen algo divino... Ese es el milagro grande que ha hecho este año el Cristo de los Pinares.

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

LIBRERIA RENACIMIENTO

Precio 3 pesetas.